

El Ruedo

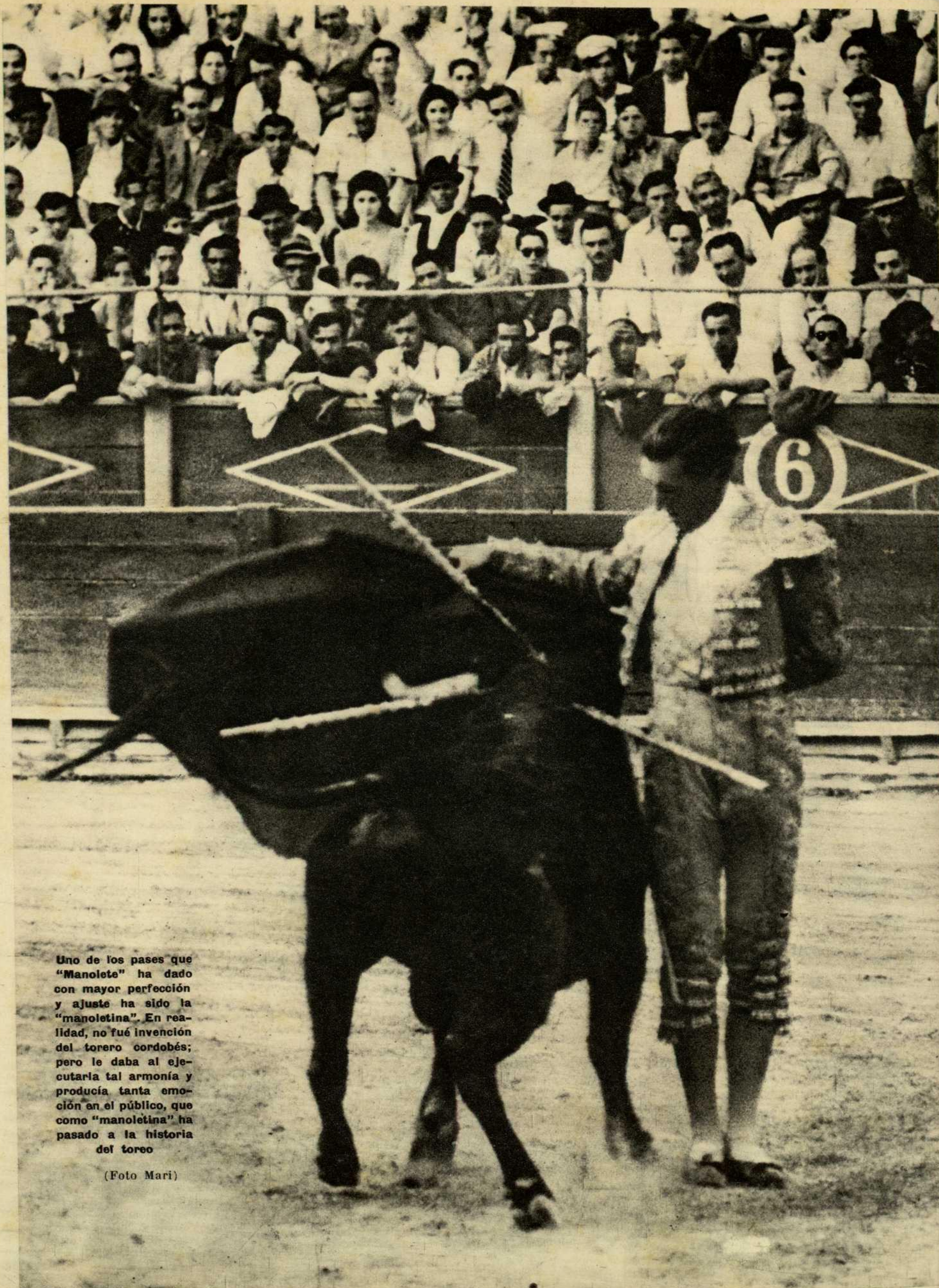


Manuel Rodríguez, MANOLETE,
víctima de un toro de Miura
en la Plaza de Linares

PE SNA
S. SEBASTIAN

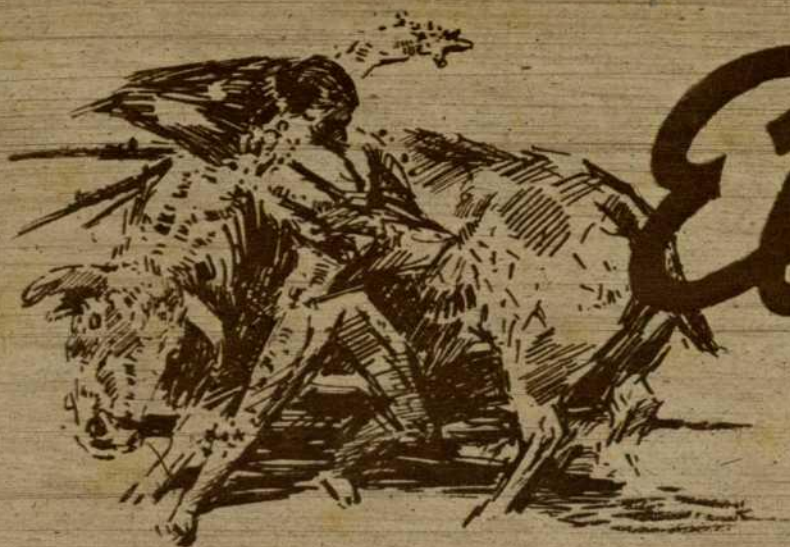
3
Plas.

SEMANARIO GRÁFICO DE LOS TOROS



Uno de los pases que "Manolete" ha dado con mayor perfección y ajuste ha sido la "manoletina". En realidad, no fué invención del torero cordobés; pero le daba al ejecutaria tal armonía y producía tanta emoción en el público, que como "manoletina" ha pasado a la historia del toreo

(Foto Mari)



El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Dirección: Fernán González, 28. Teléfs. 265091-265092

Administración: Alfonso XII, 26. Telef. 214460

Año IV - Madrid, 4 de septiembre de 1947 - N.º 167



Manolete acaba de morir en el Hospital del Patronato de los Marqueses de Linares. Camarero contempla el cadáver del torero, que estrecha entre sus manos un Crucifijo

C A D A S E M A N A

A "MANOLETE" le ha matado un toro

LA muerte de "Manolete", víctima de un toro de Miura en la Plaza de Linares, ha conmovido, con los acentos de una catástrofe, el

alma española. En el hecho tremendo de esta vida joven, que cae destrozada en un ambiente de fiesta, de alegría y de pasión, se dan las dimensiones de la leyenda, el sentido de lo maravilloso. Todo en "Manolete" — en su vida y en su muerte — tiene carácter de fábula, casi de irrealidad. De su infancia triste y enfermiza saca fuerzas para reaccionar vigorosamente frente al desvalimiento de la orfandad; como por encanto, logra transformar su traza des-

garbada en una línea de armonía clásica; alcanza un prestigio fulgurante ante las masas, que le admiran con fanatismo; hace sus viajes a América envuelto en el misterio y la prisa del aire, y le acompaña en países remotos y extraños el estrépito de la popularidad; sus riquezas parece que florecen como por graciosos resortes de magia, y todo con ese aire grave, concentrado, en el que se adivina una lucha heroica entre una timidez natural y una

a morir en una Plaza de Toros, herido por un toro de Miura, ganadería de leyenda también.

"Manolete" no ha necesitado que el tiempo le fuera tejiendo gradualmente la fama, el romance del torero y el hombre. Su fuerza interior, su personalidad rotunda, habían ya creado en vida, de golpe, el mito. Era el héroe joven de los cuentos infantiles; también el predestinado a la tragedia, que tragedia es el arte de los toros; era el 'elégido, al que Dios

rígida voluntad de vencer. Así era de fuertemente sugestiva la figura de "Manolete", que ha rematado su arquitectura impresionante yendo



«Manolete» en su lecho de muerte. Valan al cadáver el íntimo del torero, don Rafael Sánchez, y el fotógrafo Cano, que ofreció su sangre para si se necesitaba en una de las transfusiones (Foto Zinac)



Don Antonio de la Torre, capellán del Hospital del Patronato de los Marqueses de Linares, que prestó los últimos auxilios espirituales a «Manolete». «Fueron unos momentos impresionantes», dijo el sacerdote

en sus designios inescrutables, llamó pronto. La misma intensidad del drama, su desenlace en la noche, mientras la noticia superaba ágilmente las mayores distancias y se mantenían por teléfono conversaciones entrecortadas pidiendo socorros, y unos hombres portadores de auxilios volaban por las carreteras y otros ofrecían y daban su sangre para reponer la que el herido derramaba, dejan flotando la duda entre fantasía y realidad, como en los sueños. Pero, desgraciadamente, el hecho es cierto: a «Manolete» le ha matado un toro.

A «Manolete», torero, también se le puede medir ya en sus proporciones cabales, precisamente, y aunque parezca una paradoja, porque no ha tenido contraste. A «Manolete» nadie le azuzó hasta ahora, sino él mismo: su propio afán y su propio pundonor. Cuando «Manolete» saltó al primer plano del toreo con un impulso irresistible, ninguna otra figura de las mismas características o parecido estilo le cerraba el paso. Era una época de transición, en la que se había reflejado la solución de continuidad que había establecido nuestra guerra. «Manolete», como una renovación, trajo a los ruedos tres notas fundamentales y trascendentes: acortar el terreno del toro hasta llegar a la confusión; el gusto por el pase natural, que en los últimos tiempos solamente se

daba en circunstancias excepcionales, y que «Manolete» prodigaba con un ritmo vibrante; y un estrecho concepto de la responsabilidad, que le llevaba a considerar todas las Plazas de España como de análoga categoría.

Esclavo de esta idea, honradez primaria que para él no admitía revisión, ha perdido la vida en una Plaza sin historia, donde se dan tres o cuatro corridas al año. A la combatividad de ese público de todos los lugares, que ajusta las cuentas a los demás, y para el que importan más los honorarios que el arte y el riesgo de los toreros; para poner de relieve una casta torera más firme que la riqueza y que la gloria y defender el puesto conquistado, «Manolete» ha respondido con el gesto, que en este caso es consecuencia de la conducta. El infortunio —emoción ante el ídolo sangrante y roto— ha hecho lo demás.

El torero, el torero de la historia fabulosa,

de líneas geniales, seguirá viviendo con su huella personal en el recuerdo de los aficionados, y hasta en el de aquellos simples espectadores o indiferentes a los que llegó a través del rumor popular indefinido una existencia novelesca de valor, de aventura y de genio creador. El hombre no vive ya. Se extinguió serenamente, como era sereno su arte, en la madrugada de la ciudad andaluza en fiestas. Por las calles, todavía la trasnochada ruidosa, la algazara y la copla. En la salita de un hospital, la paz estremecedora, imponente, de un dolor de desgarros, un «¡Madre mía!» y unos rezos.

¡Treinta años, una fama y una fortuna puestos en juego en cada día! De la noche a la mañana, como un sueño, el drama.

A «Manolete» le ha matado un toro. ¡Qué pena!

MANUEL CASANOVA



La muerte no ha alterado el semblante de «Manolete»



ADIOS A "MANOLETE"

La tragedia se ha consumado. «Manolete», ídolo de las muchedumbres, ha entregado su vida a Dios. Desde Linares, donde le hiriera mortalmente un toro de Miura, su cadáver ha sido trasladado a Córdoba, la tierra natal. Ahora llega el momento de que los restos reposen en tierra sagrada, y en la casa del gran torero se produce, en la despedida familiar, esta escena desgarradora de intenso dolor (Foto Ricardo)

Hablan los testigos de la tragedia

El apoderado y los subalternos de MANOLETE relatan sus impresiones de aquella tarde...

En la habitación particular de «Manolete», sentados sobre la cama en que reposara en sus felices días de descanso en Córdoba el torero muerto, hemos hablado —y llorado— Pepe Flores y yo en este día del entierro de Manolo Rodríguez. Frente a nosotros, la hornacina en que la Virgen de los Dolores —devoción del espada— recibía de continuo las oraciones de «Manolete». La charla de «Camará», velada por el llanto, nos va poniendo en pormenores de sus impresiones de la tarde aquella.

—El toro era, ciertamente, muy peligroso —dice Pepe Flores—. Por eso, cuando Manolo se acercó a mí, al coger estoque y muleta —como solía hacer siempre—, para preguntarme cómo veía yo al de Miura, le aconsejé: «El toro no es bueno. Echale la muleta abajo y procura dominarlo». Aquella faena que le hizo Manolo no era, ni mucho menos, la que el marrajo merecía.

—¿Te encontrabas muy distante al ocurrir la cogida?

—Sí. En el otro extremo de la Plaza. Seguí la faena con emoción e inquietud, pues creí que en cada pase le iba a coger el toro. Por fin, cuando le vi montar el estoque, respiré tranquilo. ¡Si Dios le había salvado hasta aquel momento, también le ayudaría en la suerte suprema! Pero no fué así, por desgracia!

—¿Te diste tú perfecta cuenta de la gravedad del percance?

—¡Ya lo creo! Salté la barrera y corrí hacia el lugar de la cogida. Aun en la enfermería, yo no quería creer que la herida fuera mortal.

—¿Desde aquel momento no te separaste del lado de Manolo?

—Efectivamente. Junto a él compartí aquellas horas interminables de la madrugada del 29 de agosto.

—¿Conversó entonces contigo «Manolete»?

—Sí. El no perdió el conocimiento hasta minutos antes de morir. Me dijo que le había impresionado mucho la cogida. Y que, por tratarse de un pueblo, estaba más inquieto que otras veces. Yo traté siempre de tranquilizarle. Pero en el curso de la madrugada, ni una vez tan sólo pronunció la palabra «¡Me muer!».

Y Pepe Flores, enjugándose el llanto, sella nuestra charla con estas frases:

—¡Acabamos de perder al mejor torero de todos los tiempos!

«LE OÍ QUEJARSE POR PRIMERA VEZ», CONFIESA «PINTURAS»

En un rincón de la capilla ardiente, mientras el pueblo de Córdoba desfila, en rosario interminable, ante los restos exánimes del que fué genial torero, hemos ido preguntando sus impresiones a los subalternos que la tarde de la tragedia actuaron en Linares a las órdenes de «Manolete».

El primero en hablarnos ha sido Antonio Labrador, «Pinturas», el gran peón aragonés:

—Aquel toro —comienza diciendo— tenía mucho peligro. Hacía la arrancada fuerte, echaba la cara al suelo y al embestir la ponía por las nubes. Yo intenté varias veces salir en auxilio del matador durante la faena, porque veía el riesgo que estaba corriendo «Manolete». Pero éste, enérgico, me echó para atrás.

—¿Cómo vio usted practicar la suerte suprema?

—«Manolete» entró a matar despacio. El toro echó la cara arriba y sobrevino la cogida.

—¿Corrió usted a hacer el quite?

—Sí. Y observé extrañado que «Manolete» se quejaba, cosa que nunca había hecho. Esto me impresionó vivamente y me hizo formar una idea de la gravedad del percance.

—¿Habló usted con él en la enfermería?

—Directamente, no. Pero le oí decir unas frases que no se me borrarán nunca. Después de practicada la primera cura, dijo: «¡Madre mía! ¡Dios mío! ¡Pero el toro habrá muerto de la estocada? ¡Y me habrán dado la oreja!».

—Sí —le contestó «Carnicerito de Málaga»—. Las dos orejas y el rabo.

—¿Aquello no es posible borrarlo! —termina «Pinturas», lleno de emoción.

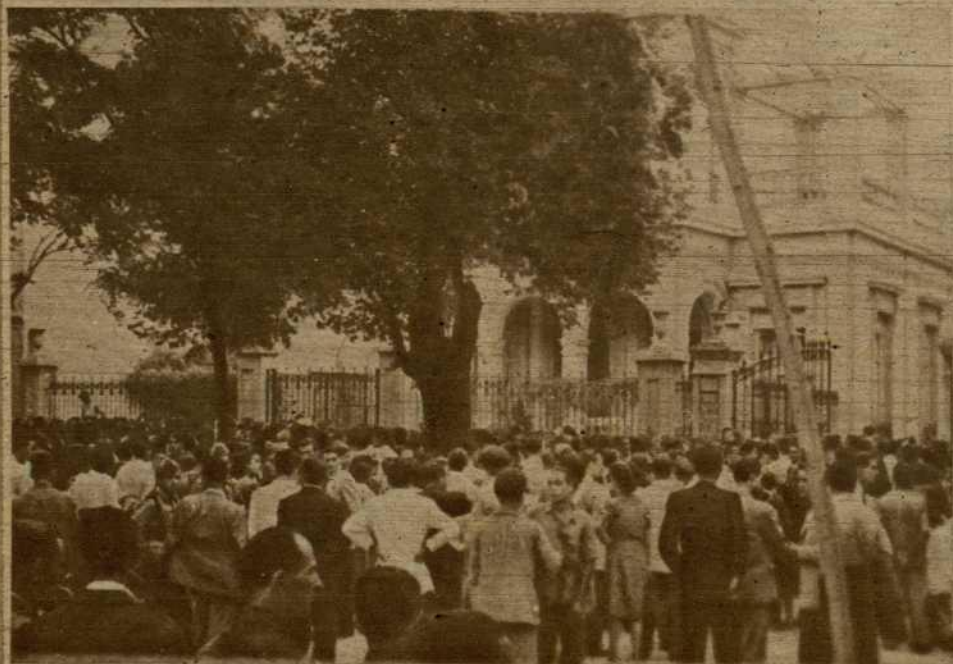


«Manolete», muerto

«YO ME SALÍ CON EL TORO», CUENTA GABRIEL GONZALEZ

El veterano rehiletero Gabriel González contesta así a nuestras preguntas:

—Yo estaba en un burladero, detrás de donde «Manolete» realizó aquella meritisima faena. Desde los primeros momentos vi claramente el peligro que corría el matador. El toro era cobardón y de sentido, echaba la cara abajo, escarbando, y embestía descompuesto. Al ocurrir



En los alrededores de la casa de «Manolete», en Córdoba, se agoipa el gentío para desfilas ante el cadáver



Gentes de toda condición pasan ante el cadáver del héroe popular, llevando en los ojos un llanto contenido y en los labios una oración



La cuadrilla: «Pimpi», «Pinturas», Atienza, Gabriel González, «Cantimplas», testigos excepcionales de la tragedia, que la relatan en estas páginas

la cogida, tuve ocasión de acudir de los primeros al quite. Oí quejarse a «Manolete»...

—Y le acompañó a la enfermería?

—No. Yo me salí para afuera con el toro, mientras retiraban a Manolo. Hasta que rodó el bicho, sin puntilla. Entré en la enfermería cuando estaban desnudando al matador. Después ya lo vi muerto...

YO ME FUME SU ULTIMO CIGARRILLO, DECLARA «CANTIMPLAS»

Primo hermano de «Manolete», Rafael Saco, «Cantimplas», el banderillero más antiguo de la cuadrilla, hondamente afectado por la tragedia, va relatándonos, entre sollozos, aquellas horas tristes:

—Fuera de la barrera estaba yo, en terrenos de chiqueros, siguiendo el trasteo muleteril con tanto interés como impaciencia. El toro era manso, echaba la cabeza arriba y abajo y en cada pase se hacía temer una «esaborisión». Después de la cogida, yo fui el primero que entró al quite. Cogí a «Manolete» en brazos, y ayudado por no sé quién ni quiénes, lo entré en la enfermería. Me salí después. Era tan tremenda la «heria», que el verla me dió miedo.

—Y aquella madrugada conversaste con tu primo?

—Sí. Se lamentaba de su mala suerte. Se acordaba mucho de su madre. Pedía constantemente hielo y agua. Y un cigarrillo —¡el último!— también me pidió. Se lo encendí. Le dió tres chupadas con pulso tembloroso. Le aconsejé que no siguiera fumando, que los doctores habían dicho que podía serle perjudicial. Me entregó el cigarrillo. Yo salí a acabar de fumármelo fuera de la habitación, pues el humo le era molesto. ¡Pobre Manuel!

YO LE CORTE AL TORO LAS OREJAS Y EL RABO, DICE «CARNICERITO DE MÁLAGA»

Otro veterano subalterno, Bernardo Muñoz, «Carnicerito de Málaga», que iba este año por vez primera a las órdenes de «Manolete», con quien le unía una buena amistad, refrendada por el cariño de don Alvaro Domecq.

—Vió usted el peligro —le preguntamos— desde los primeros momentos?

—Lo vi claramente. Yo estaba en el burladero más próximo a Manolo. Observaba cómo el toro cejaba, escarbaba y se vencía por ambos lados. Con la natural impaciencia por que «Manolete» se quitara de en medio aquel «pajarraco», yo le alargué por dos veces el estoque de matar, las mismas que él me rechazó, enérgico. Por fin, a la tercera vez aceptó y se perfiló de una manera que me hizo presentir la desgracia. A aquel toro no podía entrarsele a volapié neto, como Manolo lo hizo. Había que hacerlo con el brazo suelto y ligero como un rayo. ¡Y vino lo inevitable!

—Usted le acompañó a la enfermería?

—No. A mí me tocó el trágico honor de cortarle a aquel toro las dos orejas y el rabo. Y no le corté la pata —que el público pedía— porque me entró por el cuerpo un «no sé qué», como de angustia o como de nervosismo...

—Entró después en la enfermería?

—Después de recibir, emocionado, con las orejas y el rabo en mis manos, la ovación que el público tributaba a «Manolete», entré, en efecto, en la enfermería. Ya le habían taponado la herida. Su cara de cera denotaba que la muerte no se haría esperar. «¡Ha sido muy grande la cornada, Bernardo!» —me preguntó—. Yo evadí la respuesta. Entonces, me dijo: «¡Me han dado la oreja!» Las dos y el rabo, Manolo —le respondí—. Y me retiré del lecho, llorando de emoción.

YO ME MULTARON POR CASTIGAR DEMASIADO A AQUEL ASESINO, SE LAMENTA RAMÓN ATIENZA

Ramón Atienza, el buen varilarguero, se acerca a nosotros con los ojos enrojecidos por el llanto.

—¿Cuántos puyazos recibió «Islero»? —inquirimos.

—Uno del reserva y dos míos. El manso empujaba, y yo recargué todo lo que pude, tratando de restar fuerza para la hora de la muleta. ¡Y me multaron por castigar demasiado a aquel asesino!

—Vió usted desde los primeros momentos el peligro que encerraba el toro?

—Sí. Y por ello quise castigarle. «Manolete», que en otras ocasiones ha pedido el cambio de suerte, en ésta puso una cara de contrariedad cuando sonaron los clarines.

—¿Cuándo volvió usted a ver al matador?

—Le vi muerto. Y le lloré, acaso no tanto como se merecía. ¡Si era, señor, más que nuestro padre!

DIOS TE PAGARA CUANTO HACES POR MÍ, DIJO «MANOLETE» AL «PIMPI»

Alto, fuerte y musculoso, el picador Barajas —popularmente conocido por el «Pimpi»— se acerca al grupo que formamos con los demás compañeros de la cuadrilla.

—¿Usted, Barajas, desde dónde presencié la cogida?
—No me tocaba pisar aquel toro. Estaba, por tanto, «de puertas», por si era necesaria mi intervención. Me di cuenta de que el torero corría un peligro evidente. Después...
—¿Estuvo usted junto al diestro en la enfermería?
—Hasta que expiró. No me separé de su lado un solo momento. Las cinco transfusiones de sangre las soporté con todos sus sentidos. Se quejaba, eso sí. Y me decía: «Pimpi», no te vayas. Dios te pagará cuanto haces por mí. ¡Una tragedia! Yo, la verdad, en un principio no creí que la cornada pudiera costar la vida a nuestro gran torero.

LE GRITE QUE ALIGERARA, MANIFIESTA GUILLERMO

Guillermo es el muchacho del barrio de la Merced, de familia torera, amigo entrañable de «Manolete», casi un hermano, que le acompañó en calidad de mozo de espadas, prestándole el aliento de cariño, de su amor, y exponiendo la vida —¡él, que quiso y no pudo ser torero!— por salvar en muchas ocasiones la de su maestro y amigo del alma. Guillermo está en un rincón de la capilla ardiente, sumido en llanto. Hacemos con él un aparte, para que nos cuente su visión de la tragedia. Y nos dice:

—A unos diez metros de Manolo, entre barreras, estaba yo. Perfecta cuenta me di del peligro que corría el torero.



José Flores, «Camará», el apoderado del torero, que no aclerta a contener su emoción



El patio de la casa de la plaza de Lagunilla, donde «Manolete» se hizo torero. Mujeres cordobesas, enlutadas, esperan la llegada del cadáver (Fotos Ricardo)

Al «Pelu» y a «Pinturas» les dije varias veces que anduvieran con cuidado. Y cuando Manolo montó el estoque, no pude contener un grito. Fué éste: «Aligera y con el brazo por delante.» Manolo quiso hacer la suerte con toda honradez y sobrevino el percañe. Fui el primero en llegar a recoger al torero. Creo que con «Cantimplas», «Camará», «Sevillano» y algún otro le llevamos a la enfermería. Yo no pude, no quise entrar. Me atenazaba la congoja. Y preferí no verlo —¡hasta verlo muerto!—, a dar un mal rato a quien tanto quise... No tuve valor para soportar tan cruel momento.

AVISA A TU AMIGO, PIDIO «MANOLETE» ANHELANTE AL «CHIMO»

«Hablamos ahora, para cerrar el reportaje, con el popular «Chimo», también mozo de estoque de «Manolete».

—A mí —dice— no me pilló de sorpresa la cogida. El toro estaba fuera del tercio, y Manolo le entró a matar en la suerte contraria. Le di dos voces de, que no entrara a matar en aquel terreno. Pero la fatalidad vino a hacer el percañe inevitable.

—¿Tuvo usted ocasión de conversar con «Manolete» en la enfermería?

—Sí. Me dijo lo siguiente: «Me veo más enfermo que me he visto nunca. «Chimito», avisa a tu amigo! Mi amigo era el doctor Giménez Guinea...

Cierra su charla el «Chimo» con estas declaraciones.

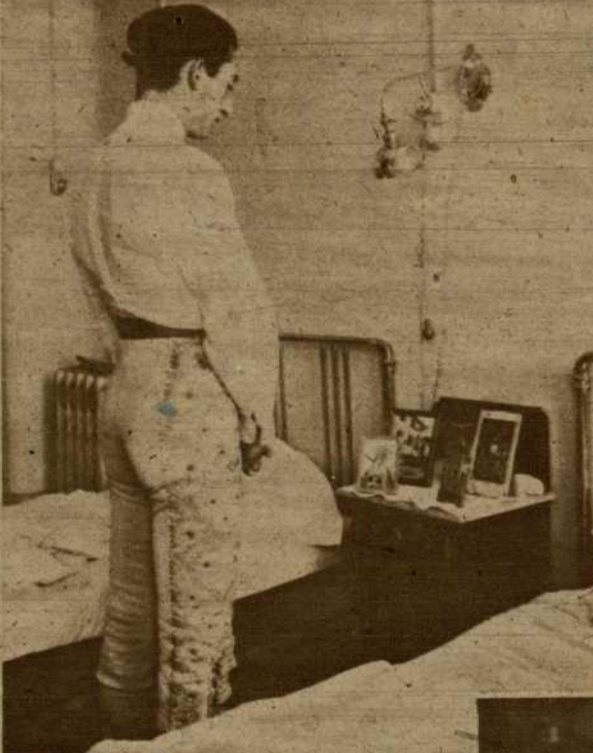
JOSE LUIS DE CORDOBA

RASCOS DE LA VIDA DE UN TORERO EXTRAORDINARIO

**"Manolete" ha toreado en España y en América
501 corridas y ha matado 1.008 toros
Cortó orejas en 253 corridas**

EL GOBIERNO CONCEDIO A "MANOLETE" LA CRUZ DE BENEFICENCIA

En la madrugada del 4 al 5 de julio de 1917 nació en la casa número 2 de la calle de Torres Cabrera, de Córdoba, Manuel Rodríguez Sánchez, "Manolete".— Su padre, Manuel Rodríguez, "Manolete", fué famoso matador de toros; su madre, Angustias Sánchez, estuvo casada en primeras nupcias con "Lagartijo Chico".— Como aficionado, toreó por primera vez en la finca "Lobatón".— El Domingo de Resurrección de 1931 toreó en Cabra con Juanita Cruz y "Bebé Chico".— Becerrista con la banda "Los Califas".— En agosto de 1934 se presenta en Córdoba vestido de luces.— El 2 de julio de 1939 tomó la alternativa, de manos de "Chicuelo", en Sevilla. La confirmó en Madrid el 12 de octubre, apadrinado por Marcial Lalanda.



«Manolete», antes de terminar de vestirse, rezaba especialmente a la Virgen de los Dolores, su mayor devoción

MANUEL Rodríguez y Rodríguez, primer torero cordobés que usó el apodo de «Manolete», era hermano de José Dámaso Rodríguez y Rodríguez, «Pepete», que fué muerto por el toro de Miura «Jocinero» en Madrid, el 20 de abril de 1862. Este Manuel Rodríguez, que fué banderillero, tuvo dos hijos: José, apodado «Bebé Chico», que fué matador de toros, y Manuel, también matador de toros, que después de usar los apodos de «Begé Chiquitín» y «Sagahón», se decidió por el de «Manolete». En 1912, Manuel Rodríguez casó con Angustias Sánchez Martínez, viuda de «Lagartijo Chico», a cuyas órdenes había actuado Manuel Rodríguez, en aquel entonces matador de toros, como banderillero. Del primer matrimonio de Angustias Sánchez habían nacido Dolores y Angustias, y del segundo, Soledad y Teresa. En la madrugada del 4 al 5 de julio de 1917 vino al mundo, en la casa número 2 de la calle de Torres Cabrera, de Córdoba, un niño, que fué bautizado el día 9 en la iglesia parroquial de San Miguel Arcángel. El niño recibió el nombre de Manuel Laureano, y fué apadri-



Marcial Lalanda confirma la alternativa a «Manolete» el día 12 de octubre de 1939

nado por Francisco Rodríguez y Dolores Molina Sánchez. El 4 de marzo de 1923 falleció, en Córdoba, el jefe de esta familia, dejando en situación nada holgada a su viuda y cuatro hijos.

Manuel Rodríguez Sánchez, que había sufrido una pulmonía cuando contaba año y medio, y que a consecuencia de ella tenía una endeble constitución, cursó estudios en los Jesuitas, primero, y luego en los



«Guillermo», su mozo de estoques, le ayuda a vestir la casquilla en el cuarto

«Manolete» cambiaba siempre con «Camará» impresiones acerca de las condiciones del toro que estaba lidiando

Salesianos, con los que estuvo hasta los once años.

En 1929 hizo una excursión con los aficionados «Curro Camarín» y Manuel Rodríguez, y en el cortijo «Lobatón», en la carretera de Espejo, el dueño, don Ricardo López, les permitió torear una becerra.

En 1930 asistió Manuel Rodríguez a una fiesta taurina, que se celebró en la finca de don Florentino Sotomayor «Córdoba Vieja». Fué herido en un muslo, y Marcial Lalanda, que asistía a la fiesta, actuó de médico improvisado y le hizo la primera cura. Poco después, en la Escuela Taurina de Montilla, el dueño de la finca «Lobatón» correspondió a un brindis de Manuel Rodríguez y le regaló 25 pesetas. Es el primer dinero que gana. En octubre del mismo año, vestido de corto, se presenta a sus paisanos en la conocida «Venta de Vargas» y mata una becerra. En octubre y noviembre torea en Bujalance.

El Domingo de Resurrección de 1931 torea en Cabra novillos de Gamero Cívico, con Juanita Cruz y Manuel Rodríguez, «Bebé Chico». Juanita Cruz cumplió; «Bebé Chico» estuvo muy mal, y «Manolete» cortó una oreja. Emilio Saugar, que actuaba como banderillero y puntillero, le entrega la oreja. «Manolete» sonríe y dice al subalterno: «Gracias, señor Pirri», como si sólo a los buenos oficios del peón debiera su éxito.

En 1932 hace un papel de aficionado en la película de José Busch «Carcelena», de la que es protagonista Pedro Terol.

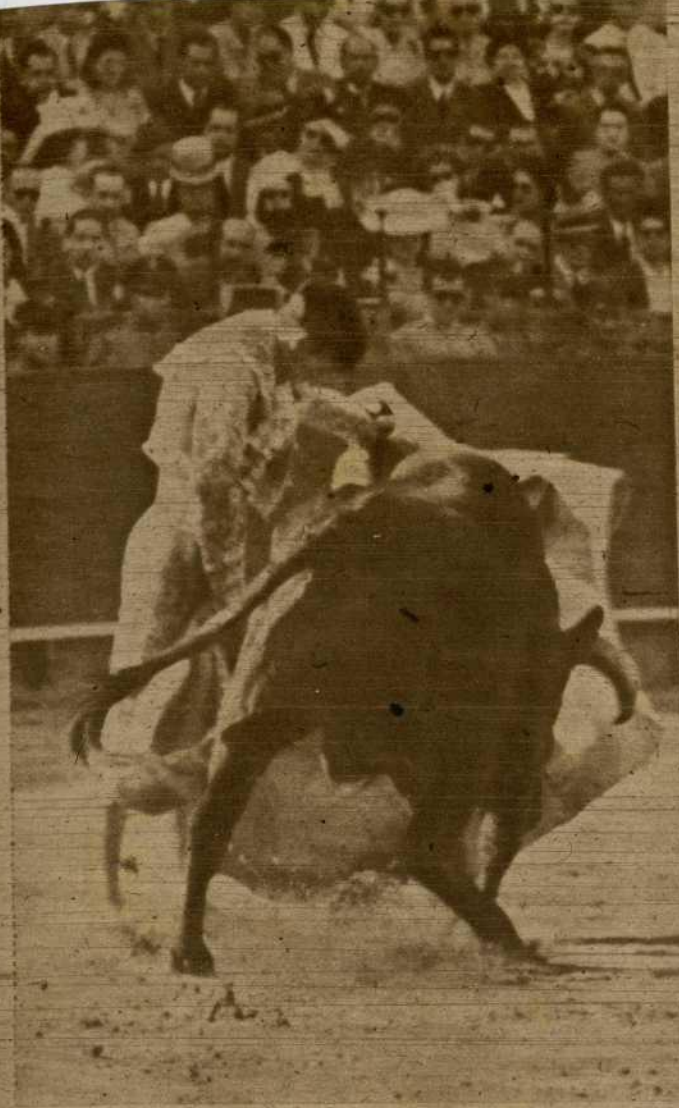
En 1933, el cordobés Juan J. de Lara lo incorpora al espectáculo taurino, «Los Califas». Se presenta, vestido de corto, en Barcelona. Juan Luis Ruiz mata dos novillos; «Manolete», un becerra, y un profesor de la banda, llamado Paz Domínguez, que luego probó fortuna como matador, otro becerra. Actúan dos veces en Barcelona. Van al tanto por ciento. Los ingresos no han sido grandes, y el propietario del hotel «La Mundial», sito en la calle del Hospital, sufre de momento parte de las consecuencias. Más tarde, Juan J. de Lara compensa al dueño de «La Mundial». Con «Los Califas» recorre los principales ruedos de España y algunos de Francia.

A finales de agosto de 1934 se presenta en Córdoba, ya vestido de luces, con Bienvenido Sánchez, «Niño de Palma del Río», y Antonio Flores, «Monicha» y corta una oreja. En este mismo año torea en Ecija con Agustín Díaz, «Michelín», reses de Enriqueta de la Cova.

El 1 de mayo de 1935 se presenta en Tetuán de las Victorias. En los carteles, por equivocación, se le anuncia como Angel Rodríguez. Torea reses de Esteban Hernández con los mejicanos Liborio Ruiz y Silverio Pérez y el español «Varelito Chico». Causa gran impresión como estoqueador y vuelve a torear en Tetuán el día 5. Torea después en Córdoba, Ubeda y Baza. El 3 de noviembre vuelve a torear en Córdoba con «el Indio», y corta una oreja. El 3 de mayo de 1936 actúa en su ciudad natal con Félix Almagro y Pascual Márquez, y el 31 alterna en el mismo ruedo con Martín Bilbao y «Cerrajillas».

La Guerra de Liberación corta sus actividades artísticas. Presta sus servicios en Artillería y torea en festivales y novilladas benéficas.

Terminada la Guerra de Liberación, comenzó a actuar como novillero. Causó sensación, particularmente por su estilo como matador. Ha toreado en novi-



Manolete, toreando de capa en Sevilla en una corrida de feria

lladas benéficas y ya ha reclamado la atención de los aficionados. El 24 de septiembre de 1937, toreando en Salamanca, con «Bonis», reses de Cobaleda, sufrió una cogida grave al entrar a matar.

Se presenta en Sevilla el 26 de mayo de 1938, alternando en la lidia de seis novillos de Braganza con Torefito de Triana y Juanito Belmonte. Torea luego en Córdoba, Zaragoza, Cádiz, Granada y Sevilla.

El 2 de julio de 1939 toma la alternativa en Sevilla, de manos de «Chicuelo», y con «Gitanillo de Triana» de testigo. Los toros fueron de la ganadería de Clemente Tassara, y «Manolete» cortó las orejas del toro «Mirador», que fué el de la cesión. Confirmó la alternativa en Madrid, de manos de Marcial Lalanda, el 12 de octubre, Día de la Hispanidad, la misma tarde en que la confirmó Juanito Belmonte. Los toros fueron de Antonio Pérez, y el día 15 toreó la corrida a beneficio de la Asociación de la Prensa, corrida que se suspendió después del primer toro, por lluvia, y fué continuada el día 17.

«Manolete» había toreado como novillero tres corridas en 1936; siete, en 1937; 15, en 1938, y 11, en 1939, año en que tomó la alternativa, aparte los

festivales a que antes hemos aludido. En total, 36 novilladas con picadores desde 1936.

En 1939 toma parte en 16 corridas de toros; en 1940, en 50; en 1941, en 58; en 1942, en 72; en 1943, en 75; en 1944, en 93; en 1945, en 71, en España. Marchó a América, y el 10 de diciembre se presentó en la capital de Méjico. Alternó en la lidia de seis toros de Torrecilla con Silverio Pérez y Eduardo Solórzano. En esta corrida cortó la oreja de su primero, y al dar el segundo lance a su segundo, fué cogido y resultó con una herida grave en el muslo izquierdo. Toreó en Méjico 11 corridas; cinco, en Lima; tres, en Bogotá; una en Medellín y otra en Maracay.

El día 2 de junio llegó a Madrid, y en la temporada de 1946 sólo tomó parte en la corrida de Beneficencia, celebrada el 19 de septiembre. Se lidiaron todos de Carlos Núñez.



«Manolete», brindando el último toro de la temporada del año 1945 en Valencia, a cuya Plaza no había de volver, ya que la cogida que sufrió en la corrida de Beneficencia, de Madrid, le impidió tomar parte en la feria de este año

Rejoneó Alvaro Domecq, y con «Manolete» actuaron «Gitanillo de Triana», Antonio Bienvenida y Luis Miguel «Dominguín». El día 2 de octubre salió en avión para Lima, donde se presentó el día 10. Toreó en Perú cinco corridas, y en Méjico, 10, hasta fin de año.

En 1947 toreó cinco corridas en Méjico, y dejó de actuar en dos, a consecuencia de la ruptura del convenio taurino hispano-mejicano. En marzo regresó a España, y reapareció en la Plaza de Barcelona el día 22 de junio, alternando con Belmonte y «Bonis» en la lidia de seis toros de Bohórquez. Hasta el día de su muerte había toreado en España, en la temporada actual, 21 corridas.

«Manolete» había dado la alternativa a los siguientes matadores: Manolo Martín Vázquez, Pedro Barrera, «Morenito de Talavera», Manuel Escudero, «Angelete», «Choni», «Parrita» y Rafael Llorente.

«Manolete» vestía, cuando fué cogido, de rosa pálido y oro. El toro, «Isleron», era negro, entrepelado, con bragas; llevaba marcado el número 21, y pesó, en canal, 295 kilos. La cogida ocurrió a las seis y cuarenta y dos minutos. «Camará», el mozo de estoques, «Chimo» y el peón «Sevillano» llevaron al herido a la enfermería.

El doctor don Fernando Garrido inyectó a «Manolete» 300 gramos de sangre de don Juan Sánchez Calle, cabo de 1ª Policía Armada, y luego operó durante cuarenta minutos.

A las ocho había eliminado el éter, y dirigiéndose a «Cantimplas», dijo: «¡Ay, «Pelus», hoy duele mucho la ingle!» Poco después llegaron a la enfermería Luis Miguel «Dominguín», su padre, «Gitanillo de Triana» y los demás toreros que habían actuado por la tarde.

A las ocho y veinticinco se le hizo una nueva transfusión de sangre.

A las nueve y treinta y cinco, «Manolete» quedaba depositado en la mesa de operaciones del quirófano del Hospital.

Se le hicieron tres transfusiones, cada una de 300 gramos, de sangre, que le fué extraída a «Parras». Mientras se efectuaban las transfusiones, el doctor Garrido y sus ayudantes procedieron a ligar la vena femoral. En el quirófano confesó con el Padre Torres.

A las once de la noche fué instalado en la cama de la habitación número 18.

A las cuatro de la madrugada del día 29 llegó Domingo Ortega, a cuyo saludo sólo pudo contestar «Manolete» con un gesto. Diez minutos después llegó el doctor Giménez Guinea, y al poco, el doctor Tamames.

A las cuatro y cincuenta minutos le fueron administrados los Sacramentos.

A las cinco entró en período agónico, y expiró siete minutos después. «Camará» y Alvaro Domecq le cerraron los ojos.

A las nueve y cuarto de la mañana fué depositado el féretro que contenía los restos de «Manolete» en una ambulancia, y a las dos y diez de la tarde llegaba a Córdoba. El féretro fué colocado en un salón situado frente al despacho de la casa del diestro. A las cuatro



«Manolete» dió al pase natural una perfección de líneas y una quietud en la figura que alejaba del ánimo del público la dureza del verdadero combate entre el hombre y el toro. El primero de estos pases es en una corrida en Valencia. El segundo, en la Plaza de Méjico



El pase que «Manolete» daba mirando al tendido, como afirmando la plena seguridad en el dominio de su muleta

De la historia taurina de "MANOLETE"



«Manolete» logró muchas veces, al cabo de sus faenas, los máximos trofeos

de la tarde llegó a Córdoba la madre de «Manolete». Poco antes había llegado la de Arruza. Por la radio se tiene noticia de que el Gobierno ha concedido a «Manolete» la cruz de Beneficencia.

A las cuatro y media de la tarde del 20 se organizó el entierro. Presidían el duelo, con «Cantimplas», «Pinturas», Gabriel González, «Barajas», Atienza II, «Carnicerito de Málaga», Guillermo y «el Chimo». En representación de la familia, los cuñados de «Manolete», don Federico Soria Casa-

En Valencia, el 26 de julio, puntazo leve y confusiones, y no pudo matar ningún toro.

1941.—En la Plaza de Toros de Barcelona, el 22 de mayo, puntazo leve, y el 8 de septiembre, en la de Murcia, puntazo leve en la cara.

Actuó en dos festivales, matando tres becerros.

1942.—El 16 de agosto, en San Sebastián, herida leve, y el 27 de septiembre, en Madrid, herida grave en el muslo derecho por un toro de Montalvo, alternando con Belmonte y «Gallito».

Toreó en cinco festivales.

1943.—En Castellón, el 28 de marzo, herida leve.

En Valencia, el 21 de julio, herida en la ceja izquierda.



Saliendo en hombros de la Plaza de Toros de Madrid

El último toro que «Manolete» ha matado en Madrid. Fue en la corrida de Beneficencia, el 16 de julio de 1947. Pertenecía a la ganadería de Bohórquez. Pesó en canal 314 kilos y causó una herida a «Manolete» en la pierna izquierda

En Puerto de Santa María, el 15 de agosto, puntazo en la pierna derecha.

En Palencia, el 2 de septiembre, puntazo en la pierna izquierda.

En Albacete, el 11 de septiembre, puntazo en el muslo derecho.

Toreó seis festivales, matando siete becerros.

1944.—Actuó en doce festivales, matando catorce becerros.

El 27 de agosto toreó en Bilbao, por la mañana, toros de Pablo Romero, con Pepe «Bienvenida» y «Andaluz», y por la tarde, toros de Tassara, con Ortega y Juan Belmonte.

1945.—Por cogida en Alicante, el día 29 de junio, por un toro de La Chica, alternando con Pepe «Bienvenida», Arruza y «Parrita», perdió 25 corridas, y reapareció en Vitoria el 6 de agosto con toros de Antonio Pérez, y Arruza y Pepín, y al sentirse de la herida no volvió a actuar hasta el 28 de agosto, en Linares, corrida que toreó con Arruza y «Parrita», lidiando toros de Buendía. En ese mismo 28 de agosto, dos años después, le mataba un toro de Miura.

1946.—Toreó una sola corrida, la de Beneficencia de Madrid, matando dos toros.

1947.—El 16 de julio, en Madrid, por el quinto toro de Bohórquez, fue cogido, recibiendo una cornada en la pantorrilla, alternando en esta corrida con «Gitanillo de Triana» y Pepín Martín Vázquez, cortando las orejas. Perdió cinco corridas, y reapareció en Vitoria el día 6 con «Gitanillo» y «Parrita» y toros de Bohórquez.

Corridas toreadas por «Manolete» en América MEJICO

1945.—Diciembre, 9. Debut en Méjico, con toros de Torrecillos, alternando con Silverio y Eduardo Solórzano. Cortó la oreja y fue cogido.—Día 21. Méjico.

1946.—Enero, 13. Monterrey.—Día 14. Iraguato.—Día 16. Méjico.—Día 19. Orizaba.—Día 20. Méjico.—Día 26. Guadalajara.—Día 27. Idem.—Día 29. Méjico.—Día 26. Guadalajara.—Día 27. Idem.—Día 29. Méjico.—Día 2 de febrero. Puebla.—Día 3. Guadalajara.—Día 5. Méjico.—Día 10. Idem.—Día 16. Idem.—Día 17. Idem.—Día 21. Torreón.—Día 25. Nueva Laredo.—Día 27. Méjico.—Día 28. Idem.—Día 4 de marzo. Idem.—Día 10 de noviembre. Tijuana.—Día 17. Torreón. Día 21. Iraguato, Día 24. Orizaba.—Día 1 de diciembre. Monterrey.—Día 8. Méjico.—Día 11. Idem.—Día 12. San Luis de Potosí. Día 29. Ciudad Juárez.

1947.—Enero, 12. Méjico.—Día 19. Idem. Día 26. Puebla.—Día 2 de febrero. Méjico.—Día 9. Mérida. Yucatán.

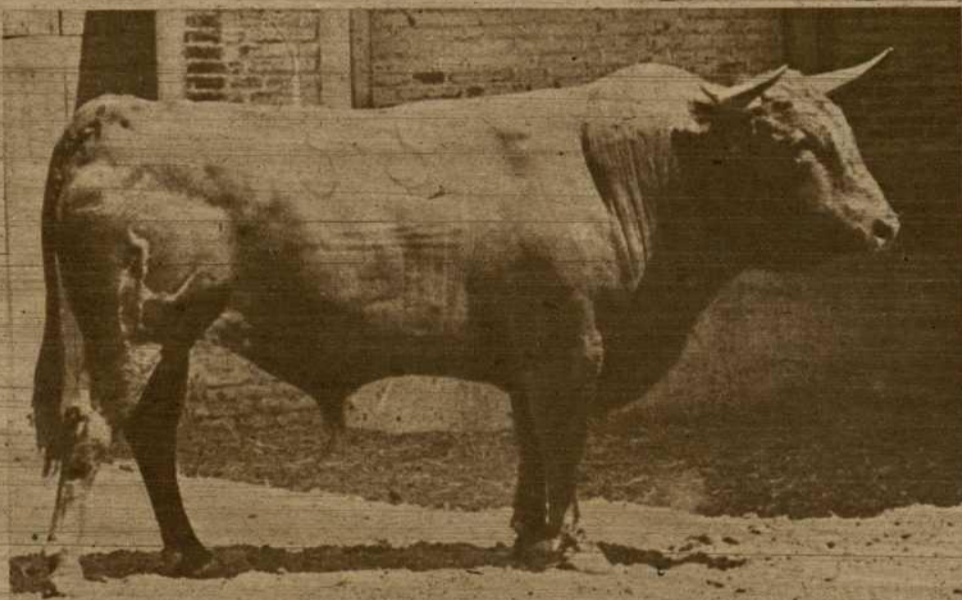
L I M A

1946.—Octubre, 12. Lima.—Día 13. Idem.—Día 27. Idem.—Día 1 de noviembre. Idem.

1947.—Marzo, 8. Idem.—Día 20. Idem.—Día 1 de abril. Idem.—Día 8. Bogotá.—Día 22. Medellín. Día 29. Bogotá.

Total de corridas toreadas en América, 45.

JULIO IRIBARREN



nova, don Rafael Torres Lineros, don Manuel Alba Gutiérrez y don Julio Delgado Bueno. «Gitanillo de Triana», en representación de los matadores, y «Sevillano», en representación de los subalternos. Sobre el féretro, la cruz de Beneficencia, que había impuesto el marqués de la Valdavia, quien presidía el duelo oficial, con un familiar del obispo de la diócesis, ausente de Córdoba; gobernador civil y autoridades locales. A las seis y media fue sacado el féretro de la casa, a hombros de los subalternos de «Manolete». A las nueve y cuarto fueron depositados los restos en el panteón de la familia Sánchez Puerta.

BARICO

Las cogidas que sufrió «Manolete» y otros detalles de su vida taurina

1939.—El 10 de septiembre, en San Sebastián, puntazo en la ingle por un toro de Mora Figueroa.

1940.—En Córdoba, el 25 de mayo, puntazo en el muslo derecho por un toro de Tassara.

En Alicante, el 24 de junio, puntazo en la región vercial.

Dos fotografías inéditas de «Manolete» obtenidas últimamente en Zaragoza

(Fotos Santos Yubero, Vidal, Ayenas, «Estos», Marín Chivite, Baldomero, Antonio y Herrero)



TRAS la noticia —abrumadora, increíble...—, el comentario nervioso de la gente: —¡Miura tenía que ser!

Como dicen que ocurrió cuando la muerte de «Joselito», la primera noticia nada la creía. La leyenda del coloso invencible había ganado a cuantos, de lejos o de cerca, se preocupan de la Fiesta de toros. «Manolete» era para los públicos españoles el torero sin posible final trágico.

Era tanta su seguridad en los más difíciles riesgos, que nadie podía pensar que su vida se acabara así, de pronto, en la breve agonía de una madrugada. Y, sin embargo, ahí está su cuerpo exánime, camino de la tierra, cuando trazamos estas torpes líneas. Y con la noticia —con la tragedia—, el comentario de la gente: —¡Miura tenía que ser!

Porque al caer en la cuenta de que «Manolete» no tenía frente a los toros más armas que su inteligencia y su valor —como los demás toreros—, se piensa que sólo un bicho de la celeberrima ganadería podría segar la vida a quien ha llenado con su arte una de las mejores épocas de la Fiesta de toros.

De «Pepete» a Pedro Carreño

Fue un cordobés, José Rodríguez, «Pepete», hermano del abuelo del infortunado «Manolete», el primero que murió víctima de un toro de Miura. «Jociner» se llamaba el bicho. El suceso ocurrió en la Plaza de Madrid el 20 de abril de 1862. «Pepete» falleció a los tres minutos de la cogida que le infirió «Jociner». Su muerte, aparte de dar lugar a una viva polémica en torno a la licitud de la llamada Fiesta Nacional, dió pie a una falsa leyenda sobre el color negro que la divisa de Miura ostenta.

Tras el trágico final de «Pepete» pasan algunos años... En la década final del siglo la palma taurina la comparten un sevillano y un cordobés: el «Espartero» y el «Guerra». Este, por cierto, ahijado del desaparecido «Pepete», que lo tuvo en sus brazos en el bautismo. El 27 de mayo de 1894 se lidia en Madrid una corrida de Miura. El primer toro que salió al ruedo se llamaba «Perdigón». Manuel García, el «Espartero», después de una lidia serena, igualó al toro para entrar a matar. Del primer intento salió prendido, aunque sin consecuencias. Sin reponerse aún, el sevillano cuadró de nuevo al bicho y se fue tras la muleta con aquella guapeza que le hizo famoso. «Perdigón» lo enganchó por el vientre y lo volteó sobre el pitón. El toro rodó sin puntilla. El torero, contraído, cayó también a su lado hecho un ovillo. En brazos de sus compañeros pasó a la enfermería, y quince minutos después fallecía. La noticia de la muerte del «Espartero» conmovió intensamente a la afición española. Acaso desde «Pepe-Hillo» no se registró dolor más general. Buena prueba de ello es que la Musa popular le dedicó sus más inspiradas estrofas, que, al cabo de medio siglo, todavía perviven, con la memoria del torero muerto:

MIURA TENIA QUE SER

«Manolete» es el octavo torero que muere víctima de un toro de la famosa ganadería

Otro cordobés, José Rodríguez «Pepete», inauguró la ejecutoria trágica de la divisa hace setenta y cinco años

Los toritos de Miura no le tienen miedo a nadie, que se ha muerto el «Espartero»...

El 7 de octubre de 1900 murió en Barcelona el diestro madrileño Domingo del Campo, «Dominguín», víctima asimismo de un miureño, que ha pasado a las antologías con el nombre de «Desertora», aunque en los libros de la ganadería figura con el de «Receptora».

Siete años después de la muerte de «Dominguín», exactamente el 18 de agosto de 1907, moría en Sanlúcar de Barrameda el novillero sevillano Faustino Posadas, a consecuencia de la cornada que en el cuello le causara el novillo «Agujeto». La cogida fue impresionante. El infeliz Posadas anduvo por el ruedo unos momentos y al fin pasó a la enfermería, donde falleció a las diez de la noche de aquel mismo día.

Dos nombres modestos figuran también en la trágica lista. Uno, el banderillero valenciano Mariano Canet, «Llusion», muerto en Madrid el 23 de

mayo de 1875; otro, el puntillero Manuel Sánchez Criado, de Sevilla, al que una vaca de Miura, llamada «Beata», le infirió una terrible cornada en el vientre cuando aquél se disponía a apuntillarla.

La trágica ejecutoria se cierra en 1930 con un modesto novillero de Huelva: Pedro Carreño. El 21 de mayo de ese año Pedro Carreño alternaba en Ecija con el mejicano Alberto Balderas y con Palmeño II. Un novillo

de Miura cogió a Carreño, sin que al parecer la herida tuviera importancia grave. Sin embargo, la pérdida de sangre hizo caer al diestro en un estado de delicada postración, del que pasó a mejor vida cuatro días después.

Hasta aquí la breve relación de la luctuosa lista.

«Manolete» y los Miuras

Poco más de diez años ha durado la vida torera de «Manolete». En esa década, «Manolete» mató muchos toros de Miura. Desconocemos los secretos de lo que se llama política taurina; pero ahí están las estadísticas, que no nos dejarán mentir. Y por si ello no fuera bastante, su muerte prueba que no rehusó, en la plenitud de su gloria, enfrentarse con esa divisa. Como «Joselito» y Sánchez Mejías, ha verido a caer en un ruedo sin historia. O, mejor dicho, sin historia hasta esta fecha inolvidable del 29 de agosto de 1947, que ya es efemérides de luto para los anales de la Fiesta de toros.

FRANCISCO NARBONA



«Islero», toro de Miura, que infirió la cornada mortal a «Manolete» en la Plaza de Linares

RELACION DE LA COGIDAY

El diestro cordobés fué herido por su segundo toro, quinto de la tarde, y falleció a las cinco y minutos de la madrugada. Le fueron practicadas cinco transfusiones de sangre y recibió los auxilios espirituales. El toro de Miura que le mató se llamaba "Islero" y pesó 295 kilos

LA FERIA DE LINARES

PARA los días 28 y 29 de agosto estaban anunciadas dos corridas de toros en Linares, con motivo de la feria y fiestas de San Agustín. De la organización de estos festejos, patrocinados por el Ayuntamiento de la ciudad, se encargó don Pedro Balaña, empresario de las Plazas de Toros de Barcelona, contando con la subvención que concede en casos semejantes el Municipio.

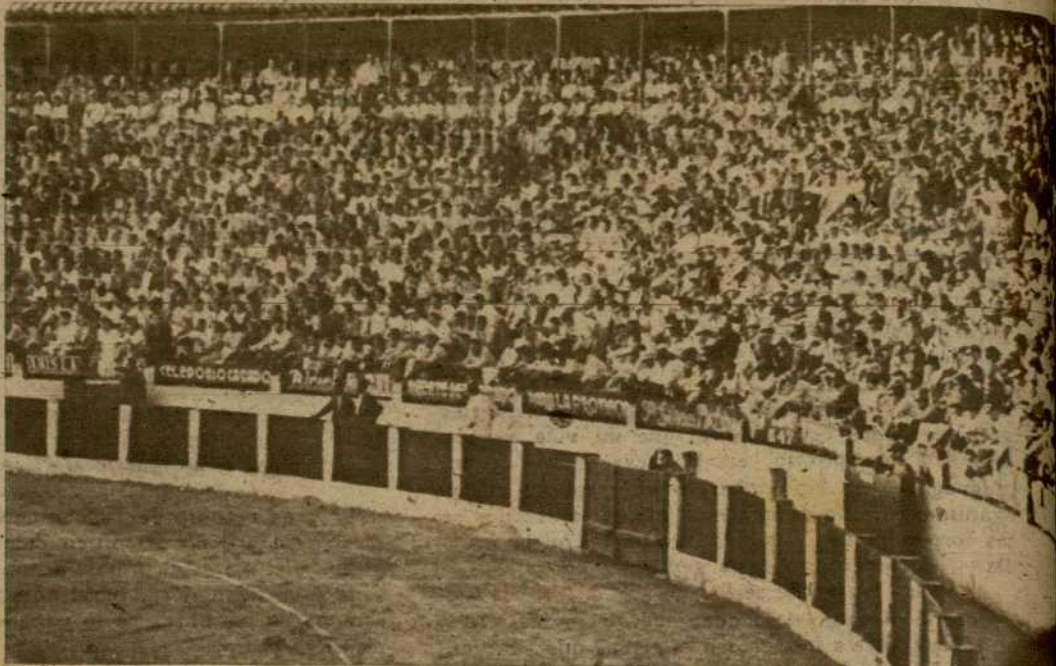
Los carteles se habían formado de la siguiente manera: Día 28.—Primera corrida. A las cinco y media de la tarde, seis toros de don Eduardo Miura para "Gitanillo de Triana", "Manolete" y Luis Miguel "Dominguín".

Día 29.—A las cinco y cuarto, ocho toros de don Samuel Flores Hermanos para Domingo Ortega, Luis Miguel "Dominguín", "Andaluz" y Paco Muñoz.

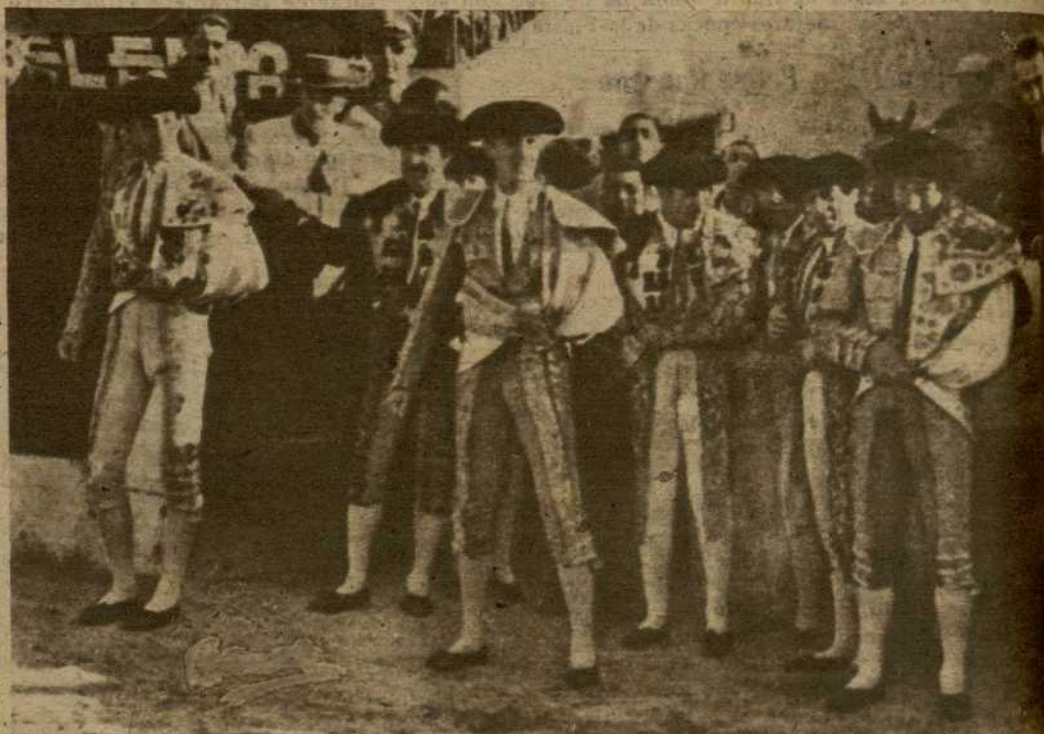
Los días 30 y 31 debían celebrarse dos funciones cómico-aurinas, con "El Empastre" y las "Galas de Arte".

Dos días antes, el día 26, "Manolete" había torreado en Santander la corrida de Beneficencia, en la que alternó con Juanito Belmonte y "Rovira" en la lidia de seis toros de don Rogelio Miguel del Corral. Luis Miguel actuó en Cieza con "Parrita" y Paco Muñoz, y se corrieron reses de don Antonio Pérez Tabernero.

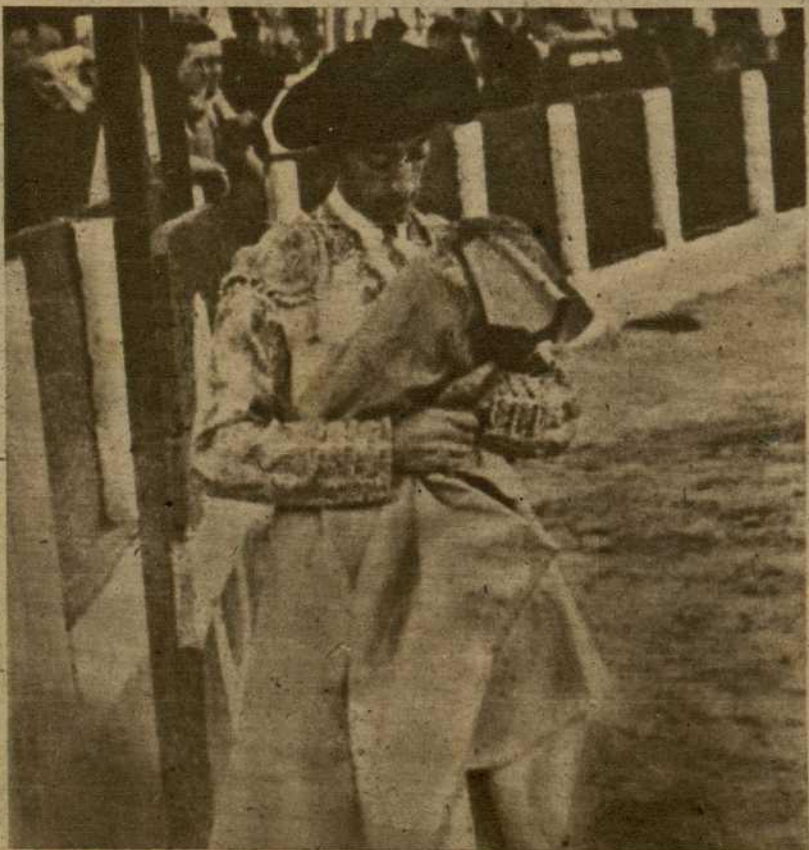
"Manolete" llegó a Madrid, procedente de Santander, el miércoles de madrugada, y a las ocho de la noche del mismo día emprendió su viaje a Linares en el coche que trajo de Méjico, y que iba conducido por el mozo de estoques del diestro cordobés, Guillermo. Acompañaban a "Manolete" su apoderado, "Camará", y el crítico taurino señor Bellón. Cenaron en el parador de la Dirección General de Turismo en Manzanares, y terminada la comida, en la que "Manolete" se mostró muy comunicativo, el famoso torero se puso al



La Plaza de Toros de Linares se llena para presenciar la primera corrida de la feria

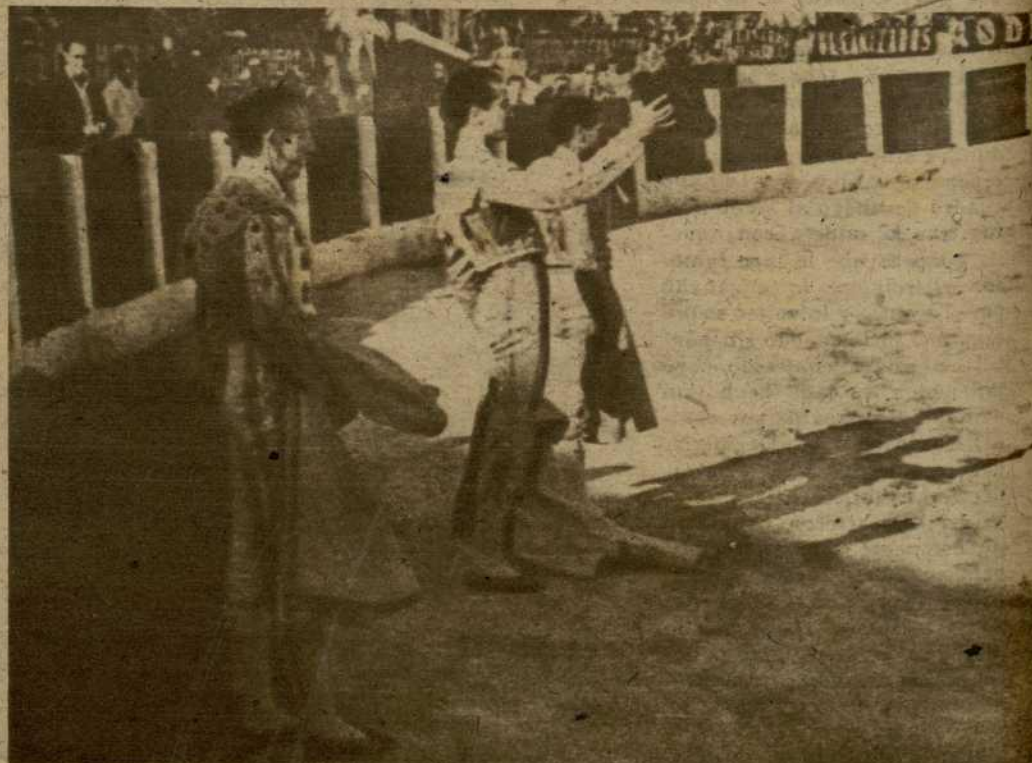


"Manolete", Luis Miguel "Dominguín" y "Gitanillo de Triana" se disponen a hacer el paseo. El ganado de Miura que ha de lidiarse en la corrida aviva la expectación



Este gesto preocupado era frecuente en "Manolete". Pero probablemente no con tanta intensidad. ¿Presentía el famoso torero su próximo fin?

Ha terminado el paseo. En el cambio del capote por la capa, el público aplaude. Los tres matadores avanzan hasta el tercio para saludar



LA MUERTE DE "MANOLETE"

Quinto.—"Manolete" lo recibe con tres verónicas superiores. "Manolete" da cinco naturales imponentes y desafia al bicho en los mismos pitones. (Ovación.) Otra serie de naturales inmensos. Mollinetes y de rodillas. (El delirio.) Caen prendas de vestir. Cuatro manoletinas inmensas, pases por alto colosales y sigue con otros diversos, para una estocada inmensa, en la que sale prendido y derribado. En brazos de las asistencias es trasladado rápidamente a la enfermería, al parecer, con una cornada, pues lleva la ingle llena de sangre. A la enfermería le llevan las dos orejas y el rabo que le han sido concedidos.

Sexto.—Luis Miguel empieza con tres pases por bajo y sigue valiente con otros por alto, tres naturales superiores, dos más por alto, otros seis naturales y el de pecho. (Ovación y música.) Dos estatuarios y tres naturales más. Rodillazos y adornos. Media estocada superior y descabello. (Gran ovación, petición de oreja y vuelta.)
Peso: 263,5, 279,5, 266,5, 289,5, 295 y 296 kilogramos.—CIFRA."

"MANOLETE", EN LA ENFERMERIA

Cuando "Manolete" se desplomó sobre la arena y le fué hecho el quite, al que acudieron varios toreros, y entre ellos Luis Miguel, que temió, por el terreno en que "Manolete" entró a matar —dando la espalda a los chiqueros, en la suerte contraria—, que le iba a coger el de Miura, fué levantado del suelo por su peón y pariente "Cantimplas", sus mozos de espadas Guillermo y "Chimo" y el "Sevillano", banderillero de la cuadrilla de "Gitanillo de Triana" y compañero, en la última su excursión a Méjico, del torero de Córdoba.



volante, llevando el coche hasta Linares, adonde llegaron los viajeros a las tres menos cuarto de la madrugada. Seguidamente, "Manolete" se retiró a descansar.

COMO FUE LA ULTIMA CORRIDA EN QUE HA TOREADO "MANOLETE"

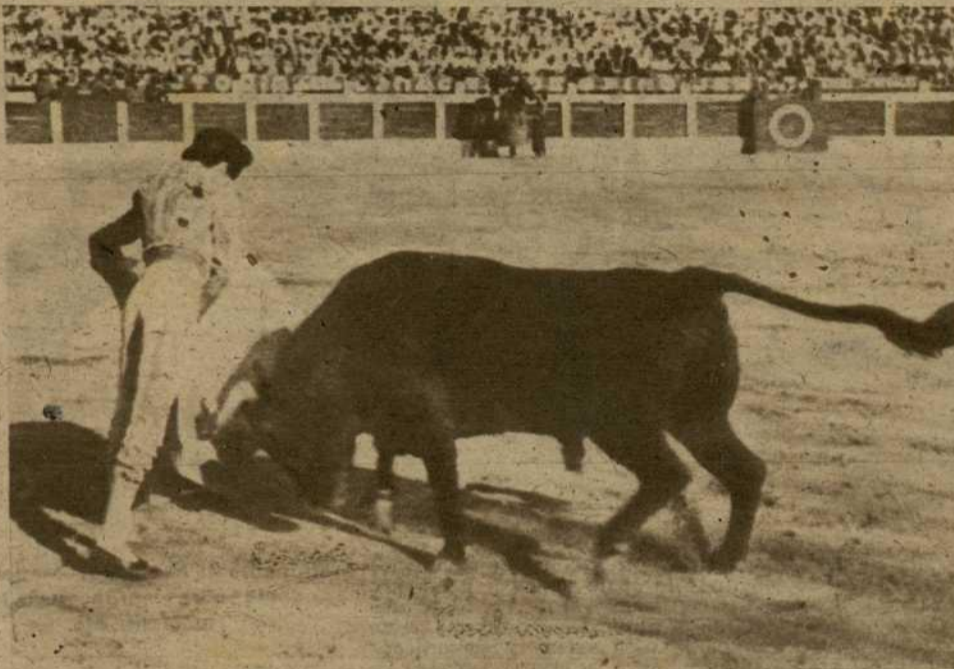
La referencia más divulgada de esta corrida, ya histórica, es de la Agencia Cifra, y dice así:

"LINARES, 28.—Primera de feria. Gran expectación por la presentación de "Manolete" y Luis Miguel "Dominguín". En los tendidos se encuentran aficionados de toda España, entre ellos don Antonio Cañero, el conde de Colombl, don Alvaro Domecq, "K-Hito" y otros. Lleno imponente. Se lidian seis toros de don Eduardo Miura, para "Gitanillo de Triana", "Manolete" y Luis Miguel "Dominguín".

Primero.—Tres verónicas superiores de "Gitanillo": Este empieza con tres pases por alto, dos por bajo, tres naturales y el de pecho. (Palmas.) Sigue valiente y da un mollinete bueno; más pases, para una gran estocada. (Gran ovación, petición de oreja y salida.)

Ahora se lidia el cuarto toro. "Manolete", en el callejón, entre Luis Miguel y el mozo de estoques de éste, "Chocolate", observa la faena de Rafael Vega de los Reyes

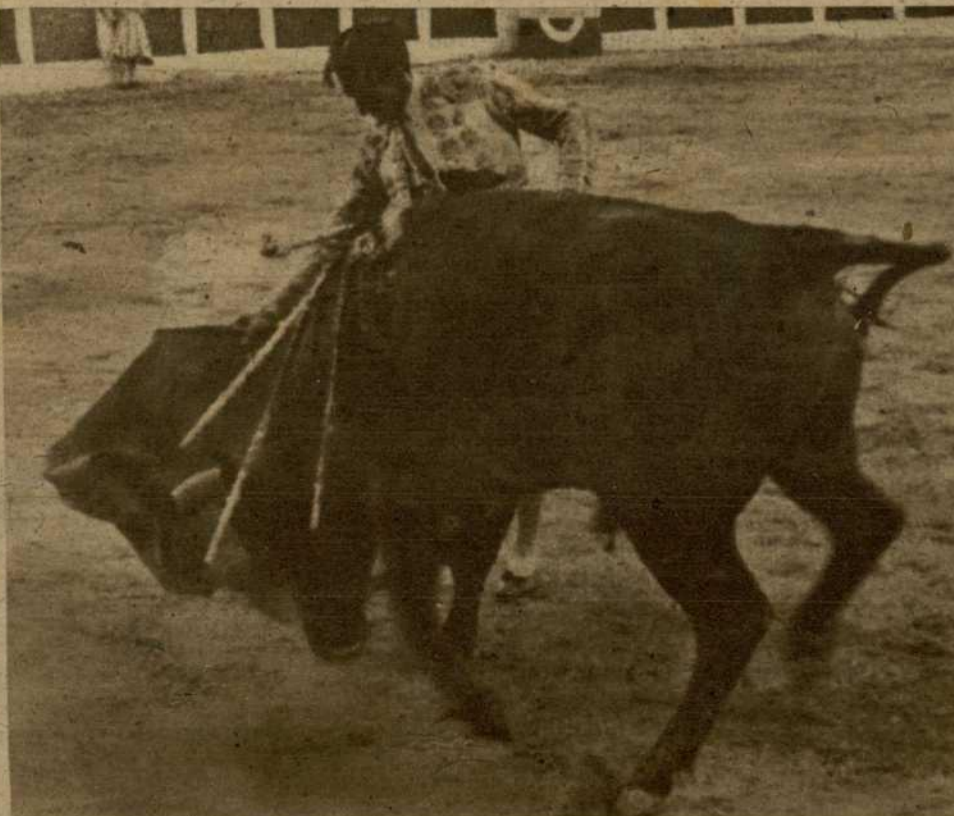
Ya está el quinto toro —Islero— en la Plaza. "Manolete", sale decidido a triunfar, y comienza por torear ápretamente



"Manolete" vestía esa tarde un traje rosa y oro, que aparecía ensangrentado a la altura del vientre.

El parte facultativo facilitado por el doctor Garrido Arboleda, a quien auxiliaron don Julio Corto, de Ubeda, y don Carlos Carbonell, fué el siguiente:

"Durante la lidia del quinto toro ingresó en la enfermería el diestro Manuel Rodríguez, "Manolete", con una herida por asta de toro en el ángulo inferior del



Segundo.—Cuatro verónicas imponentes de "Manolete". (Gran ovación.) "Manolete" da tres pases colosales por bajo. (Palmas.) Tres naturales más, imponentes. (Música. Gran ovación.) "Manolete" está temerario. Da un pinchazo bueno y estocada sin descabello. (Ovación, petición de oreja y salida.) (Pitos al toro en el arrastre.)

Tercero.—Cuatro verónicas y media buehas de Luis Miguel. (Ovación.) Tres pares inmensos de Luis Miguel, que se ovacionan. Caen sombreros al ruedo. Luis Miguel da tres estatuarios colosales, cuatro naturales inmensos, otros seis naturales ligados con el de pecho. (Música y el delirio.) Más naturales, que entusiasman. Desplantes muy toreros. Pases de rodillas. Caen sombreros y prendas de vestir. Dos pinchazos y descabello. (Gran ovación, una oreja, vuelta y salida.)

Cuarto.—"Gitanillo" empieza con tres pases de tanteo por bajo. Dos derechazos, un natural, tres pases más por bajo y sufre un desarme. Estocada. (Palmas.)

Luego, muleta y estoque en las manos, inicia su faena con un ayudado con los pies juntos

El toro gaza-pea, prueba, duda; pero "Manolete" lo embarca en la muleta y le hace pasar en un natural con la derecha

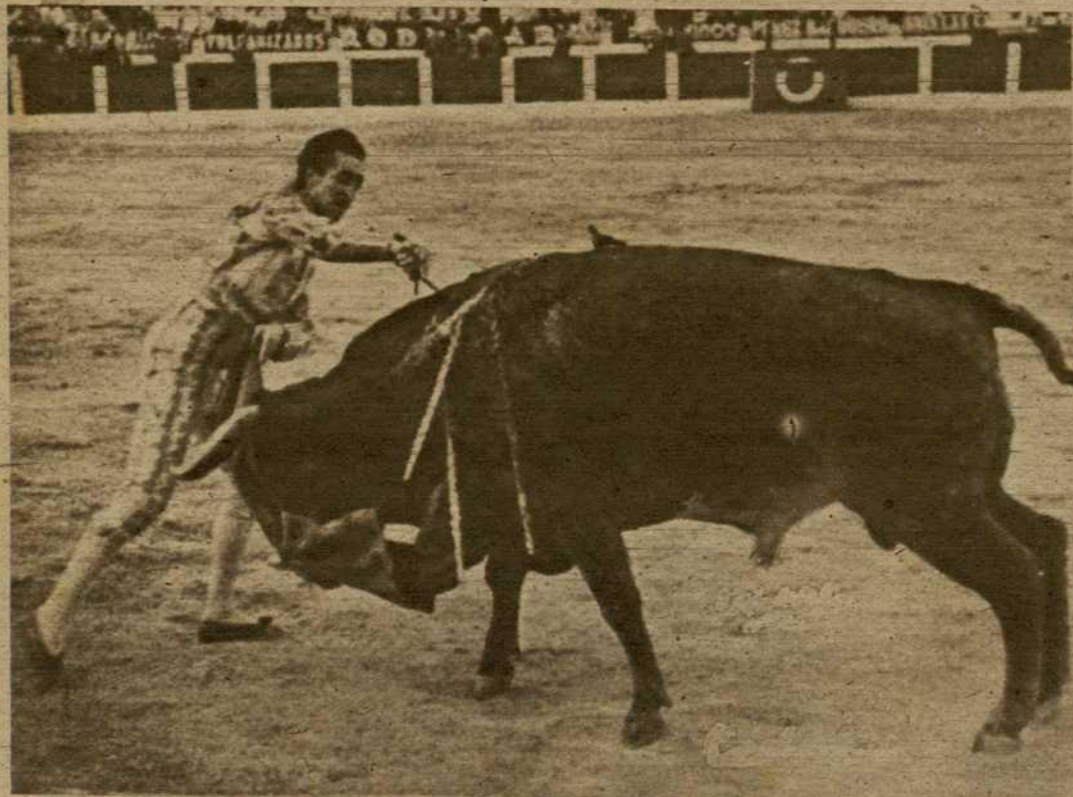
Desde la enfermería de la Plaza de Toros al Hospital del Patronato de los marqueses de Linares

Llegan de Madrid los doctores Giménez Guinea y Tamames.--Imponente desfile ante el cadáver del torero



A matar; pero «Manolete» ha elegido mal el terreno. El toro se ha ido a la querencia de los chiqueros, y «Manolete» entra de dentro a fuera, donde el toro tiene que pesarle mucho. «Islero» avanza a la vez que su matador, se vence por el pitón derecho y da la cornada seca

«Manolete» sabe también alternar lo puro de torero con el adorno, y así coge el pitón de «Islero» por la mazorca



Momento de la cogida. «Manolete» se dobla sobre el pitón, que le hiere mortalmente

triángulo de Scarpa, con una trayectoria de veinticinco centímetros de longitud, de abajo arriba y de dentro afuera y ligeramente de delante atrás, con destrozos de fibras musculares del sartorio, fasciocridiforme, recto externo, con rotura de la vena safena y contorneando el paquete vasculonervioso y la arteria femoral, en una extensión de cinco centímetros, y otro trayecto, hacia abajo y hacia afuera, de unos veinte centímetros de longitud, con intensa hemorragia y fuerte shock traumático. Pronóstico muy grave.

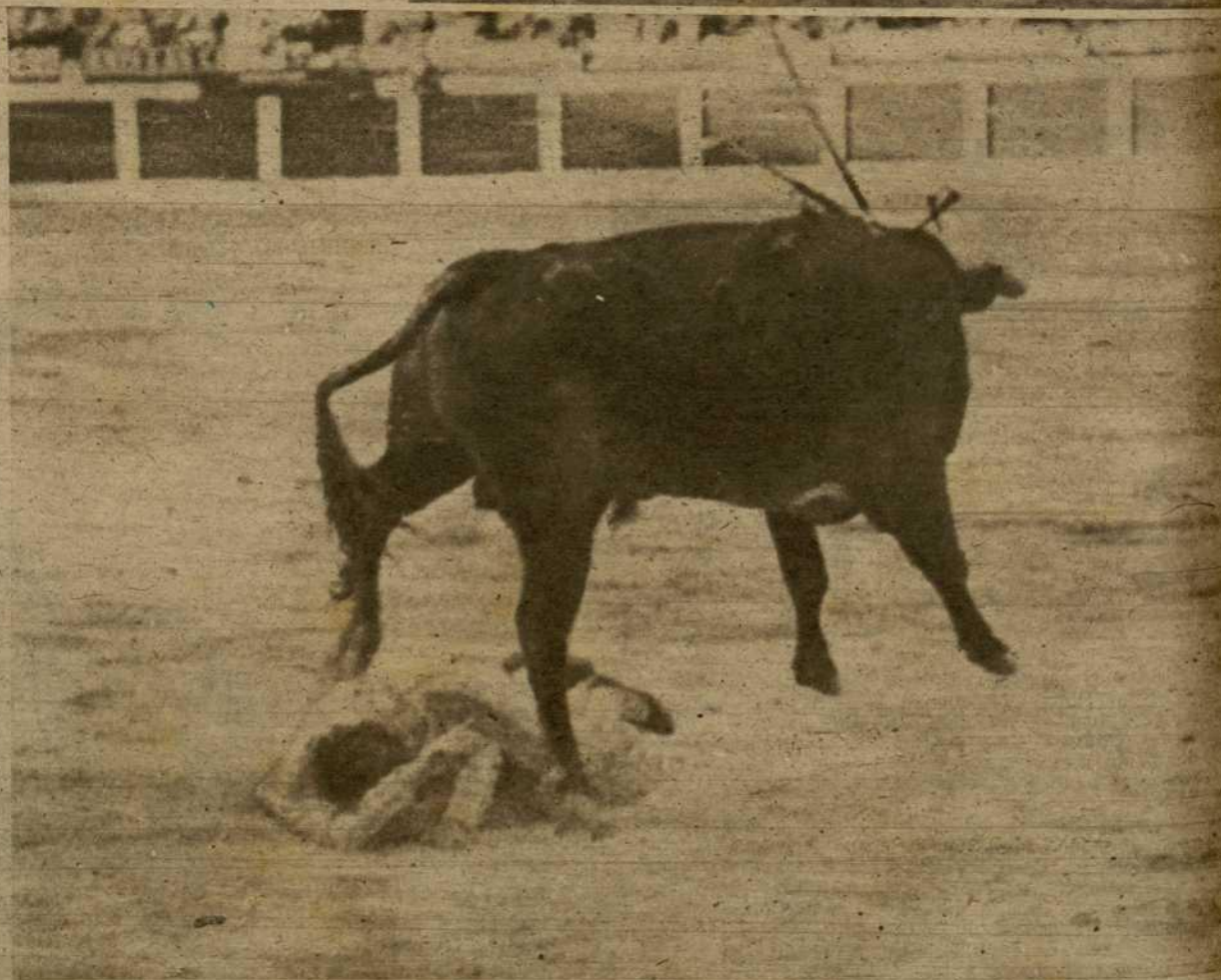
Durante la cura le fué hecha una transfusión de sangre por el doctor Medinilla, prestando su sangre el cabo de la Policía Armada, de la plantilla de Linares, don Juan Sánchez.

TRASLADO AL HOSPITAL

Hecha la primera cura y la primera transfusión de sangre, se dispuso el traslado del herido al Hospital Municipal. Como «Manolete» sufriera otro pequeño colapso, se consideró necesario transfundirle nuevamente sangre. Se había ofrecido primeramente Luis Miguel «Dominguín»; pero al no resultar la sangre del grupo conveniente para el herido, se recurrió a la del también matador de toros Pablo González, «Parrao».

Como en el Hospital se comprobaba que la herida, después de la cura en la enfermería, sangraba un poco, se desataron las primeras ligaduras y se procedió a practicar a «Manolete» una segunda operación, ésta vez sin anestesia.

Se realizaron otras dos transfusiones de sangre, y en tanto, llegaron de Madrid los doctores Giménez Guinea y Tamames, éste acompañado de Domingo González («Dominguín», hijo), y aquél, del representante de «Manolete» en Madrid, señor Bermúdez. El doctor Tamames y Domingo «Dominguín» hicieron el viaje en un coche del Parque de Ministerios, y el doctor Giménez Guinea, en uno particular, hasta que al llegar a Manzanares, transbordó en el coche del propio «Manolete», que, conducido por «Gitaniño de Triana», había salido en su busca.



«Manolete», en el suelo, se protege la cabeza con el brazo ante el temor de que el toro se revuelva y haga por él



El quite. Gabriel González, «Cantimplas», «Pinturas», Luis Miguel, que avanza corriendo, como el mozo de estoques de «Manolete»...

«Islero» ha sido alejado. A toda prisa hay que recoger al herido y trasladarlo a la enfermería



Después de la cuarta transfusión de sangre, y como el herido reaccionase un tanto, se confesó con el capellán del Hospital del Patronato de los marqueses de Linares, don Antonio de la Torre, quien luego le administró la Extremaunción.

«Manolete» no había hablado desde el percance hasta las tres y media de la madrugada. Sus primeras palabras fueron para interrogar acerca de cómo había matado al toro que le hirió y para lamentarse de lo que estaría sufriendo su madre.

Cuando, después de las cuatro de la mañana, los doctores Giménez Guinea y Tamames procedieron a reconocer minuciosamente a «Manolete», comprobaron la extrema gravedad de su estado. Ordenaron una quinta transfusión de sangre; pero, desgraciadamente, en tanto se le practicaba, sobrevino un colapso, y «Manolete» expiró. Eran las cinco y seis minutos de la madrugada.

COMO FUE LA MUERTE

«Manolete» estuvo instalado en la habitación número 18 del Hospital.

Al llegar el doctor Giménez Guinea procedente de Madrid, «Manolete» le reconoció en seguida, ofreciéndole la mano para saludarle.

Poco después pidió un cigarrillo, al que dió tres o cuatro chupadas.

Dirigiéndose al doctor Guinea, le dijo:

—Don Luis, no siento esta pierna—refiriéndose a la derecha, que tenía lesionada.

En ese momento se le comenzaba a aplicar la quinta transfusión de sangre por el equipo traído desde Madrid, por el doctor Tamames.

Instantes después, «Manolete» volvió a dirigirse al doctor Guinea, diciéndole:

—Don Luis, que tampoco siento ya la otra pierna...

Al terminar esta frase, la cara de «Manolete» se contrajo, adquiriendo mayor palidez todavía, y fué entonces cuando los médicos se convencieron más de que ya estaba próximo el fatal desenlace.

Transcurrieron unos momentos angustiosos, y «Manolete» se quejó para decir:

—¿Dónde está usted, don Luis, que ya no le veo?

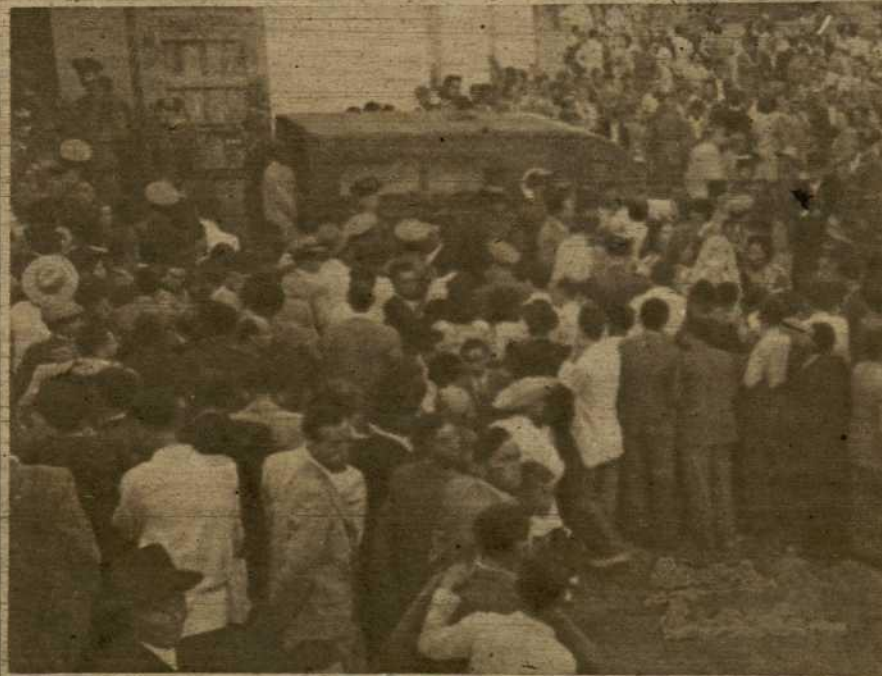
—Tú cierra los ojos—contestó con cariño el médico— y no te preocupes de nada, que esto va bien.

Fué entonces cuando se indicó al capellán del Hospital la conveniencia de que le administrara la Extremaunción.

Cinco minutos después dejaba de existir el famoso diestro cordobés, sin la más leve contracción ni estertor alguno.

CAPILLA ARDIENTE Y CORTEJO FUNEBRE

A las seis de la mañana se abrieron las puertas del Hospital, cuando ya el cuerpo de «Manolete» estaba amortajado y colocado en la misma sala y cama donde había fallecido. Allí se instaló la capilla ardiente, y en el acto empezó el desfile de todo el pueblo de Linares, pudiendo decir que han pasado de 20.000 las personas que han desfilar por el Hospital, por lo que fué precisa la intervención de la fuerza pública para regular el acceso al mismo. Numerosísimas personas, entre ellas señoritas, eran portadoras de ramos de flores, que colocaban en la caja de «Manolete». A las diez en punto de la mañana el cadáver de «Manolete» fué colocado en un modesto ataúd, y a las diez y media trasladado a hombros de individuos de su cuadrilla a una ambulancia de la Cruz Roja, en la que iba el mozo de estoques con tres números de la Cruz Roja, para ser trasladado a Córdoba. Apenas fué depositado el féretro en la ambulancia, el coche emprendió la marcha, tras del cual iban infinidad de coches, y el primero el automóvil del torero, ocupado por «Camará» y los individuos de su cuadrilla.



«Manolete» es llevado en brazos de subalternos y asistentes

En una ambulancia, «Manolete», entre la congoja de la multitud, es trasladado desde la enfermería de la Plaza al Hospital del Patronato de los marqueses de Linares (Fotos Cano y Baras)

EL ENTIERRO DE

DIEZ PASOS MÁS ALLÁ DE LA TUMBA DEL CUERRA



EL PÉSAME DE UNA CIUDAD

CUATRO presidencias tenía el cortejo: la familiar, la oficial, la taurina y la popular. Eran como cuatro sectores de su vida de relación: la madre, la autoridad, el compañero y el hombre de la calle. Córdoba vivía el día más triste de su historia sin ostentación de dolor. Apenas algo más que mantones negros en los balcones, de las mujeres que quisieron rendir al torero muerto la colgadura alegre de un palco de Plaza oscurecida de repente por el más trágico eclipse de estrella que cabe imaginar. Si Córdoba ha sido siempre lo más recio, profundo y callado de Andalucía, es que sólo siendo así podía recoger tanta tragedia y ser cuna y panteón de toreros célebres; historia, al fin y al cabo, de una ciudad que reclama un Museo taurino, guión trágico de un turismo especial para escuela de toreros héroes.

El presidente de la Diputación de Madrid, en nombre del ministro de la Gobernación, impone al cadáver de Manolete la Cruz de Beneficencia



EL LLANTO DE LAS NUBES

En Córdoba hay la costumbre de anunciar la celebración del funeral y el entierro a la misma hora. A las cinco y media convocaba la esquela. Una hora antes, apenas si se podía entrar en la casa de la avenida de Cervantes, tal era la aglomeración de gente. En la calle, ante la verja, la multitud. Cuando familiares, toreros y amigos se encaminaban a la iglesia de San Nicolás, una tormenta de aire y agua envolvió a la ciudad. Los poetas ya tenían el tema del llanto natural, pena atmosférica incomparable con el dolor de cada cual, y por ello insuficiente para dispersar las filas de la curiosidad. Renació minutos después la calma, y Córdoba tomó otra vez el brillo del agosto



La presidencia del duelo: sus familiares, con el gobernador civil, presidente de la Diputación de Madrid, general Agullar, jefe del Sindicato Nacional del Espectáculo y alcalde de Córdoba

El féretro, llevado a hombros por familiares y amigos, entre los que se ve a «Cantimplas», Perico Chicote y Montani

EL FUNERAL

La iglesia de San Nicolás, pequeña y ancha, tenía la corriente humana en puertas laterales. El altar mayor era un monumento de Semana Santa, profusión de velas altas encendidas, llamas de espíritu vivificante que alumbraban sin cesar el temor de los toreros heridos. Al fondo, delante de la pequeña sillería de coro, los familiares y autoridades; en la fila anterior, los toreros; por toda la nave, el pueblo religioso, el que de verdad quería al hombre. Calor de asfixia. Tres cuartos de hora después, presidencia y pueblo retornaban a la casa donde yacía «Manolete». El clero revestido, la cruz alzada, tuvieron difícil paso. Y llegó el momento del desgarrador doloroso de la madre. Se llevaban a Manuel, a su hijo...

Los toreros rindieron a Manolete el homenaje póstumo a su compañero y amigo. «Cio ni», Antonio «Bienvenida» y Rafael Llorente aparecen aquí, mostrando en su cara la honda pena que les aflige



LA CRUZ DE BENEFICENCIA

Un arca de caoba con aplicaciones de plata y Crucifijo era llevada a hombros de su cuadrilla. Al pie de la escalinata que da entrada a la casa, el arca que guardaba el cadáver de «Manolete» fué colocada transversalmente. Era la ceremonia de imposición de la Cruz de Beneficencia. Leyó el gobernador civil de Córdoba el decreto del Ministerio de la Gobernación, por el que se concedía al gran torero la Cruz de primera clase, y el marqués de la Valdavia, presidente de la Diputación de Madrid, procedió a colocarla sobre el arcón, prendida en el paño negro, como reconocimiento oficial a una vida abnegada, homenaje póstumo a quien siempre ofreció su arte y su vida en bien de la Humanidad. No ha habido durante su etapa torera cartel benéfico, de Asociación o Montepío, que no llevara su nombre. Tal era su poder de atracción, que hubo corrida clásica aplazada hasta la fecha del posible concurso del astro, porque sin él no había rango ni utilidad... Con estos pensamientos se puso en marcha la comitiva.

El regimiento de Artillería al que perteneció Manolete rindió el último tributo al que fué su buen soldado



“MANOLETE”

(Crónica de nuestro Subdirector, enviado especial)

EL ITINERARIO

Por todo Córdoba llevaron el cadáver de Manolo a paso lento: avenida de Cervantes, avenida del Generalísimo, Campo de la Merced... Un silencio que sólo era roto por el ruido de avión desde el que arrojaban flores, las últimas flores tiradas a «Manolete» y las únicas que no pudo recoger. Por mi mente pasó, como en película, el recuerdo de tantos éxitos del torero. Sobre la arena de todos los ruedos cayeron como pruebas de entusiasmo de los públicos las prendas más inverosímiles; antaño se tiraban sombreros; en su tiempo, a falta de ellos, llegaron a verter zapatos de mujer, camisas, bolsos, fundas de gemelos, hasta botijos con su efígie en caricatura; impasible, «Manolete» lo devolvía todo a los tendidos; sólo las flores, los ramitos de claveles de sangre, conservaba en su recorrido triunfal...

La Torre de la Malmuerta es el portón del barrio de Santa Marina, donde nació y vivió «Manolete». Calles estrechas de la vieja Córdoba y alma inmensa de sus hermanos pobres, el entierro perdió allí la línea de cortejo, su orden, su silencio. Las gentes querían llevar el féretro. Al llegar a la plaza de la Lagunilla, frente a la casa donde vivió «Manolete» muchos años, todos los años de su infancia, se rezó un responso. Y en marcha nuevamente, por Santa Isabel, Hermanos Diéguez, San Pablo, Calvo Sotelo, Claudio Marcelo, plaza de José Antonio, Gondomar, Concepción y paseo de la Victoria...

A DIEZ PASOS DE LA TUMBA DEL GUERRA

A las nueve menos cinco de la noche se hacía la entrada en el Cementerio de Nuestra Señora de la Salud. Dos horas y media para recorrer tres kilómetros...

Una luna llena, descarada, bañaba el camposanto. Cientos de personas esperaban ya allí, por los caminos estrechos y pisando sepulturas. Las cien coronas, amontonadas en círculo sobre el lugar donde había de recibir eterno descanso el inmortal torero, ofrecían un aspecto fantástico. Por la suave pendiente del cementerio, al borde del camino, está el panteón del Guerra; diez pasos más allá, una sepultura abierta, para cinco cuerpos; la losa, colocada al lado, lleva la inscripción de los señores de Sánchez de Puertas, la familia amiga. Minutos después, el último piquete de su guardia llega a la última morada del genio. Cerillas encendidas al borde de la sepultura, voces que suenan irreverentes, aunque sean de gemidos postreros; sombras que cruzan pisando coronas y tumbas, ofrecen un espectáculo macabro. Parece el fin de una novela fantástica, algo así como si «Manolete» no hubiera existido nunca, como si hubiera sido, en realidad, un mito.

EL REGRESO

La luna ha enrojecido, está como tinta en sangre, rubor de vergüenza por haber sido testigo de un episodio que nunca debió ver. Su luz, sobre el Guadalquivir, convierte las aguas en espejo, es como si el río más torero de España llevara un vestido de gris y plata. Córdoba queda atrás, triste, porque ha perdido su último Califa. Lo que no ha perdido, ni es posible que pierda ya, es su estoicismo. Río y ciudad, tranquilos en la hora más triste de su historia pagana, se han enriquecido con el tesoro espiritual de la figura de Manuel Rodríguez, «Manolete», que queda en su seno diez pasos más allá del panteón del Guerra.

ENRIQUE GIL DE LA VEGA



Entre los que acompañaron al cadáver de «Manolete» hasta su última morada estuvo el doctor Garrido (en el centro), médico que intervino al infortunado diestro en la enfermería de Linares



Más de cien coronas componían el cortejo de recuerdos. Esta es la que envió Pepe Luis Vázquez



Los hermanos «Bienvenida» le dedicaron ésta, que llevan los banderilleros «Checa» y Palomino



La corona del Montepío de Toreros, transportada por «Magritas» y Farnesio, representaba a todos los toreros asociados



La corona de «Parrita», el torero que más fielmente quería seguir la huella artística del pobre Manuel, llevada por el padre de aquél

(Fotos Ricardo)

A la memoria de Manuel Rodríguez, "Manolete"

(Para José González Marín)

11 de diciembre de 1944)



Córdoba, al pie de su Sierra
—la que corona su río
con un altar barroqueño
y un retablo de lentiscos—,
tiene, en lo alto, cipreses,
y abajo, toros y olivos;
ermitas casi en las nubes,
y arrodillados, los trigos;
y en el mármol de sus patios
—mirando, un miramelindo—,
el surtidor rejonea,
con luz, el aire retinto.

Allí naciste torero
porque lo quiso tu sino,
con tu tristeza de sauce
y tu empaque de obelisco.
Facistol, centras el ruedo
como quien sostiene un libro,
si del «Guerra» la sentencia,
la estampa de «Lagartijo».
Si el sol gira en tu muleta,



tú, girasol amarillo,
en tu jardín de alamares,
que no burlan el peligro
sino con el leve vuelo
de la abeja junto al lirio,
susurrando, esquivas, áureo,
el más berrendo mugido.
Cuando la sangre patricia
oye su pulso contigo,
si evangelizas los toros
con tu evangelio taurino,
Séneca y San Rafael
te aplauden desde el tendido,
y el Arcángel te hace un quite
casi a farolazo limpio.
De la sangre de mil toros
otros mil renacen vivos,
sepulturas de tu estoque
al descabellar sus mitos.
Tu Medina Azahra tiene
baluartes numantinos,
califatos de jazmines,
campamentos de estoicismos...
Y cuando Lucena apaga
sus velones encendidos,
y el Guadalquivir cornea
contra puentes y molinos,
Córdoba, al velar tu sueño,
vela al mejor de sus hijos...

II

(28 de agosto de 1947)

Feria de agosto en Linares...
Minas entre el olivar.
De la vacada más negra
seis toros se lidiarán,
llegados de las marismas
al filón del mineral.
Plomo que quiere ser plata,
rastrojo que fué tragal...
Las amapolas segadas
rojo epitaño serán.

¿Dónde estás, San Rafael,
que en el tendido no estás,
por si le llega al maestro
la hora de la verdad?
La moneda está en el aire,
aire de fatalidad.
A cara o cruz, la estocada
o la cornada mortal.
Y ambas llegaron a un tiempo...
¿Qué valor profesional!
—Sí, Manuel, de tu estocada
murió el toro y su maldad...
—Sí, las orejas te dieron,
y el rabo, y la eternidad...
Sangre, más sangre; sus venas
sin sangre quedaron ya...
Y Alvaro Domecq te llora,
¿quién no te supo llorar?
¡Ay de mi Alhambra perdida,
ay sus bosques de arrayán!
¡Lágrimas de Boabdiles;
ay, españoles, llorad!
Que muriendo un gran torero
murió un español cabal,
asombro de las Españas,
de aquende y allende el mar.
Quien así perdió su vida
ganó su inmortalidad;
Manuel, España te llora...
Muerto, serás inmortal;
rojo clavel fué tu hombria,
alta corola tu faz,



flor de varón derramando
varonil serenidad;
ciprés de ermita cristiana,
que el tiempo sintió pasar
—Córdoba, romana y árabe,
transida de eternidad—,
y casi alcanzando el cielo,
tu arrodillada humildad
a las aves daba sombra
con su frescor vegetal;
que así, Manuel, derramabas
tu callada caridad.
¿De oro y rosa ibas vestido?
No alamares, sí un rosal;
dalias, pero no bordadas,
deshojadas al azar,
entre lirios y alhelios,
con rocío matinal.
¿Qué triste salida en hombros!
¿Qué traje de torear,
blanco, sin luces doradas,
con luces de funeral!





Cuando el labriego en la era
 es la promesa del pan;
 cuando el minero en la mina
 busca el hondo mineral,
 llorando baja a Sevilla,
 desde Córdoba hacia el mar,
 el Guadalquivir, crecido,
 con lágrimas su caudal.
 Los quiquiríquies cambian
 la seda por el percal;
 la seda de las estrellas,
 por revuelos de corral,
 y adelfas de llanto amargo
 el río rumiando va
 —lacrimatorio de pueblos—

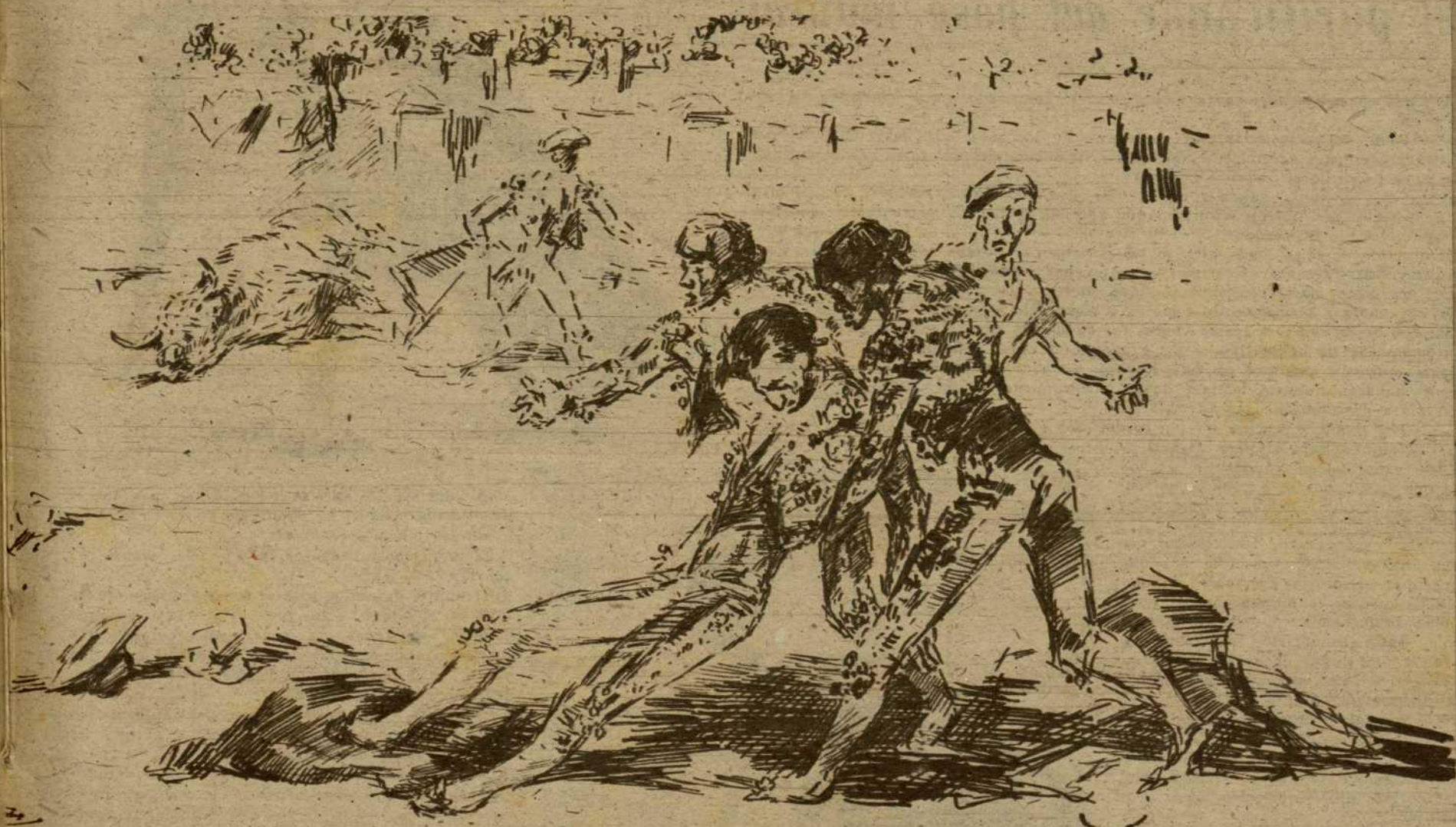
a tu Córdoba natal.
 Redondo llanto taurino
 los ruedos te llorarán,
 y enlutarán sus barreras
 capotes de cordobán.
 Bronco toro berroqueño
 la Sierra, sin mayoral,
 encampanado en las nubes
 —testuz de pétreo canchal—
 que los arroyos torear
 con capotes de cristal,
 y con garrochas de vientos
 acosa la tempestad...
 Altas barreras de niebla
 cornea la claridad,

y el alba, de rosa y oro,
 saltando al trascuerno va,
 saltando Despeñaperros,
 pregonando la verdad:
 ¡Manuel ha muerto! ¡Ay, Córdoba!
 ¡Ay, cordobeses, llorad!
 Lloran las piedras romanas
 y árabes de la ciudad...
 Y tú, puente, que a tu río
 toreas al natural,
 con tu firmeza de piedra,
 deja que lo mate el mar...
 Y el pan, nuestro pan, parece
 que amasado en sangre está,
 y el mineral de Linares
 no parece mineral;
 sangre de Manuel parece,
 no estaño, sin restañar...
 ¡Qué pena! En Linares tuvo
 el Arte de Torear:
 su Angel Caído en la arena...
 Los romances nos dirán
 que a Dios le brindó su alma.
 ¡Dios le dé su eterna paz!

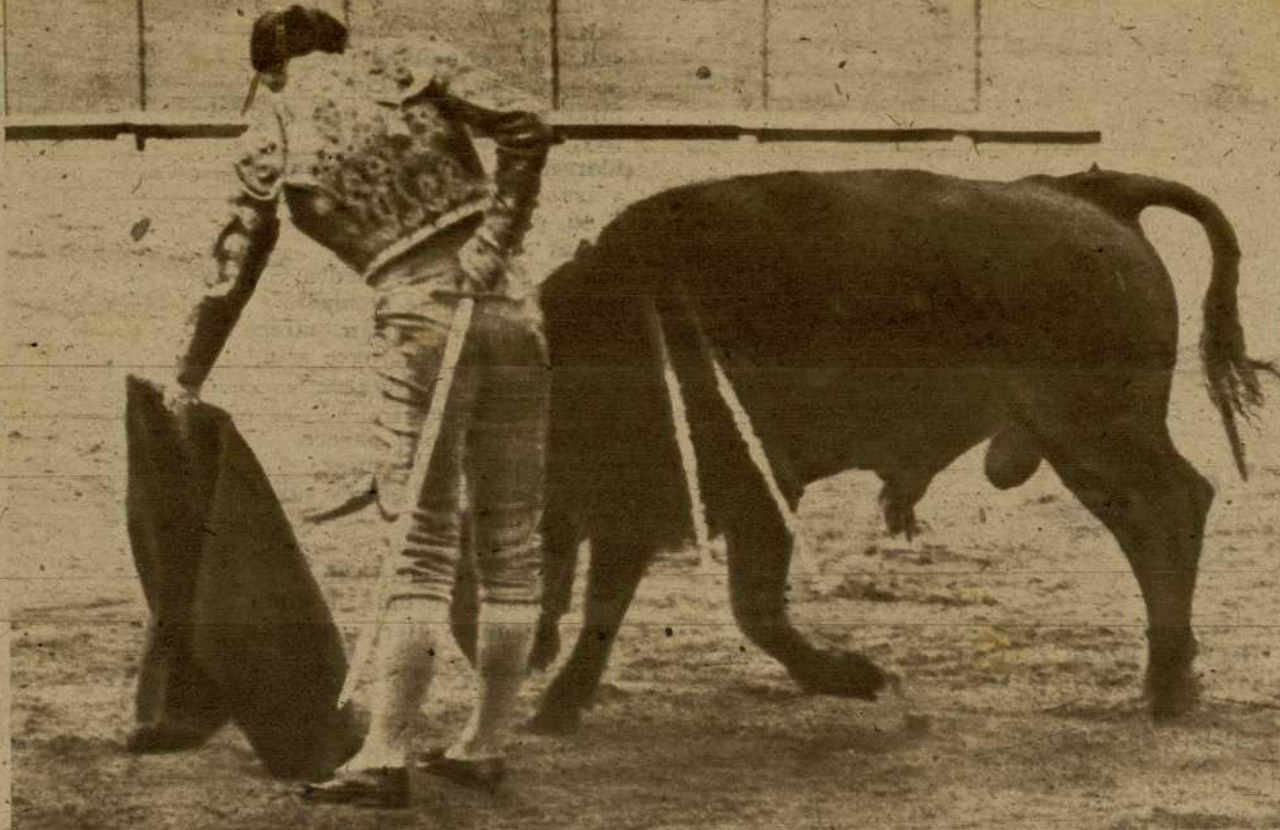
BRINDIS POSTUMO

Cuando saliste a la Plaza
 como un sol en su apogeo,
 siendo cumbre del toreo,
 lo eras también de tu raza.
 Hoy la muerte te desplaza;
 pero emplaza el hecho cierto
 de tu recuerdo despierto,
 que mantendrás en la lid
 para ganar, como el Cid,
 batallas, después de muerto.

ADRIANO DEL VALLE



ANTONIO CASERO



Como es harto sabido, la presencia en las Plazas de Juan Belmonte, con su toreo parando, templando y mandando, produce una revolución.

Belmonte resucita, definitivamente, el pase natural, y lo ejecuta centrándose con el toro, y desde un terreno que antes no había pisado ningún lidiador.

Y resurge también el toreo en redondo, porque Juan liga los pases maravillosamente, ante el asombro de los públicos.

A partir de este histórico momento, el pase natural se prodiga por los lidiadores; pero ninguno supera a Belmonte en el temple y la naturalidad que imprime en él.

Ha llegado el momento en que «Manolete» hace acto de presencia en las Plazas.

Y lo hace acortando las distancias entre toro y torero de inverosímil manera.

Quédanse los espectadores maravillados, y en el toreo al natural culmina el principal mérito del nuevo revolucionario.

El pase —eje de este reportaje—, ejecutado por el cordobés, adquiere toda su grandeza.

La crítica, justicieramente, lo elogia, y los aficionados le jalean entusiasmados.

“MANOLETE”, el purificador del pase natural



LOS que ya somos aficionados viejos estamos autorizados para ocuparnos de este tema.

Hemos conocido durante el transcurso de los años todas las vicisitudes por que atravesó el pase natural, uno de los dos fundamentales del toreo con la muleta, como ya se ha dicho en infinitas ocasiones.

Suerte es, la citada, sujeta a reglas fijas, que nadie pudo romper, aunque otra cosa se asegure por quienes opinaron que aquellas reglas del toreo fueron quebrantadas por diestros innovadores.

El firmante de estas líneas alcanzó las postrimerías toreras del coloso de la Tauromaquia, Rafael Guerra, «Guerrita», y en muchas corridas le vió torear al natural, ligando los pases, hasta constituir el toreo en redondo.

No voy ahora a ocuparme de cómo es y cómo debe ejecutarse el susodicho pase, ni tampoco he de remover textos viejos, reproduciendo cuanto aparece escrito en las «Tauromaquias» de «Pepo-Illón» y de Francisco Montes, «Paquiro».

Sobre todo ello publiqué en esta Revista, no hace muchos meses, un reportaje, y en él hallarán nuestros lectores cuanto técnicamente escribí, sin pretensiones de sentar plaza de catedrático en la materia.

Por su frecuente ejecución en los ruedos, los aficionados de esta época conocen el mérito que encierra el pase natural, y son los primeros en reclamarle cuando creen que el lidiador se encuentra enfrentado con un toro en condiciones para hacer tal clase de toreo.

Es, por consiguiente, innecesario machacar una vez más sobre el terreno que debe ocupar el toro, el del torero y cómo éste debe cuadrar la muleta ante la testa del fiero bruto, embarcándole en la roja franela, hasta conducirlo, con temple y naturalidad, al lugar donde de nuevo ha de recogerle, bien para continuar toréandolo de dicha torma o para enlazarle con el de pecho, que es la desembocadura del pase en cuestión.

Con la inopinada retirada de «Guerrita», en los finales del siglo XIX, el pase natural, el de más difícil ejecución, empieza a decaer.

Eje todavía del toreo la estocada, los aficionados van perdiendo la costumbre de ver el pase natural, y los toreros le aíslan del de pecho, pase éste que ejecutan preparado y no forzado.

Cuando «Bombita» y «Machacuito» monopolizan el interés de la Fiesta, el pase natural permanece dormido, y de vez en cuando, primero el trianero Antonio Montes y después Vicente Pastor, le hacen despertar del letargo, con la complacencia de los aficionados veteranos y la sorpresa de los entonces bisoños.



¿Cuáles son las características de se pase que el infortunado lidiador ha dejado hecho en el toreo?

Ahí las tenemos reflejadas.

El toro, «embarcado» en la roja tela, avanza por su viaje natural.

El torero, quieta la planta, con los talones embutidos en el albero, y los pies, ni juntos ni exageradamente separados, va suavemente cargando la suerte, girando el brazo para describir un medio punto, en el que la flexibilidad de la cintura desempeña un importante papel.

La muleta, cogida por el centro del palillo por la siniestra mano, en movimiento lento y pausado, y el estoque en la derecha, al margen del pase.

Ese es, sencillamente explicado, el pase natural, que con exquisito gusto artístico ejecutaba el singular torero, cautivando a los espectadores en grado superlativo.

Hoy se torea al natural, muy bien por cierto, por otros diestros, cuyos nombres deliberadamente omito: pero el pase de «Manolete», dicho con todos los debidos respetos, era único, excepcional.

Juan Belmonte, el revolucionario de la Tauromaquia, en sus tiempos gloriosos desenterró una de las suertes más bellas y emocionantes de nuestra brava Fiesta.

Manuel Rodríguez, «Manolete», el otro revolucionario, la purificó, llegando a un grado insospechado e inimitable.

DON JUSTO



la mano izquierda, con y sin ayuda del estoque, por alto y por bajo, levantándose de un modo suave y templado o descendiendo de un modo recio y brusco, recogiendo o desplegándose, ondeando o girando, ofreciéndose entera o mediada, adelantada o atrasada, a su caer o con personal y decidido impulso y movimiento, todavía queda algo más. No se han agotado las posibilidades de los pases de todas las firmas, de todas las rúbricas, de todas las marcas. Y ese «algo» consiste en anular decidida, sistemática y metódicamente la función propia y específica de la colorada bayeta. ¿Para qué sirve, realmente?... ¿Para defender al cuerpo del torero poniendo entre él y el peligro que le acecha y acusa el engaño de un trapo encarnado?... Pues he aquí que alguien decide anular de un modo deliberado esa función. La muleta pasa a la espalda, o, lo que es lo mismo, a un lugar subalterno: detrás de aquello a lo que servía de elástica trinchera. Ya el toro embestirá —si quiere— al propio engaño, prolongado como un apéndice del cuerpo que busca. La pierna, enfundada en la estirada media; los muslos ceñidos por el raso de la taleguilla; la cintura apretada por la faja; el busto que se ofrece bajo la airosa casaquilla, y la leve camisola, están delante. La defensa pasó a un segundo plano, a un segundo término. Y el torero gira en torno a su eje, como si el mundo no tuviera movimiento traslático, como si el sol se hubiera quedado sin alrededores.

Eso, todo eso, y nada más y nada menos que eso.

EL lance o el pase no son de quienes los inventan, sino de quienes les dan nombre. Las «gao-neras» son de Gaona, y las «chicuelinas», de «Chicuelo», como las «manoletinas» son de «Manolete». ¿Quién pone el apellido a una manera especial de manejar el capote o la muleta?... Se lo confiere, primero, la letra impresa, y después, la voz del pueblo —voz de Dios— lo rectifica o lo ratifica. Es inútil que un revistero taurino se empeñe en lo otro o en lo de más allá. Como no tenga el asenso del «respetable», ¡está flucido, y ya va listo! Todo eso viene a cuento de que Manuel Rodríguez, entre las muchas e importantes cosas que ha aportado al arte de torear —entre otras, la de acortar de un modo inverosímil la distancia que separa al lidiador de la fiera—, figura la de echarse la muleta a la espalda, como si el diestro se descinera la faja, y aguantando levemente el trapo rojo con una mano, y sosteniéndolo con firmeza en la otra, esperar la embestida del astado para acariciar el lomo de la res con el borde de la franela, a manera de colgadura levantada por el viento. El giro imposible y estoico del torero en esa ocasión le convierte en eje puro de su pase. El lidiador, en coyuntura y trance tales, es al toro lo que el mástil es al testuz verde de la ola que al barco acomete, o lo que es el mástil, flexible y recto a un tiempo mismo, de la bandera izada, al vendaval que la hace ondear y temblar. Sería pueril a estas alturas caer en el bizantinismo de si fué o no fué «Manolete» el primero que usó y empleó ese modo especial de cita y aguante. Lo cierto es que todo el mundo lo conoce con el nombre de «manoletina», y, por tanto, quiérase o no, a «Manolete» corresponde, no sólo la denominación, sino algo mu-

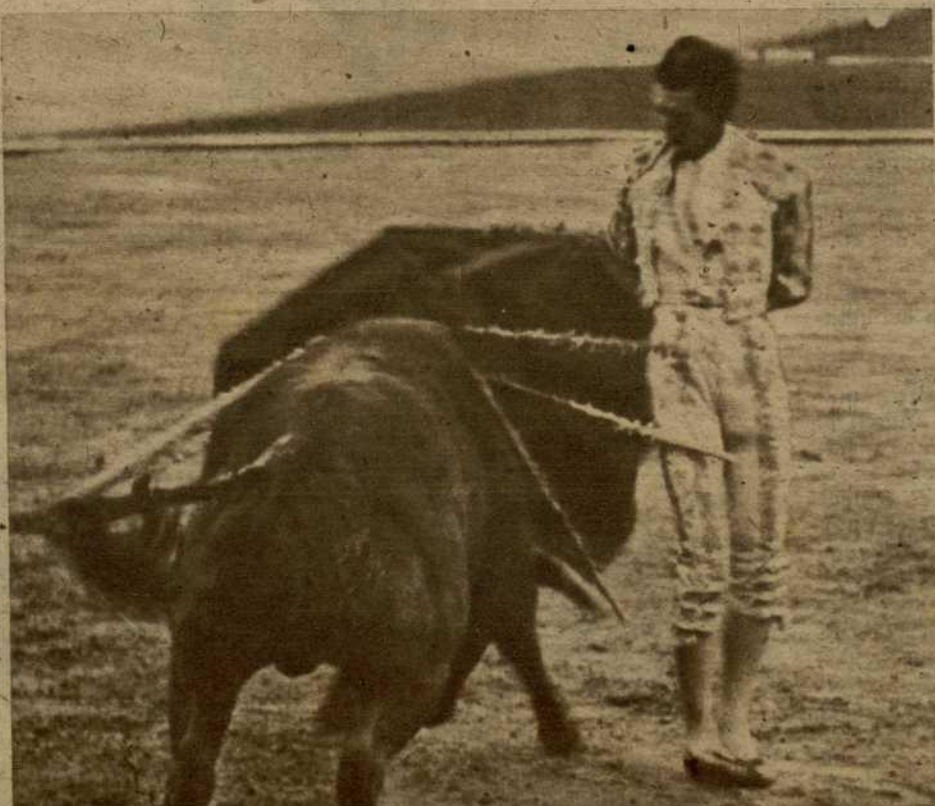
Loa conmovida de la «manoletina»

cho más interesante: la divulgación. Todos los lidiadores aprendieron del diestro de Córdoba la idea y la ejecución. Cuando la muleta, que es red y barrera, látigo y malla, defensa y castigo para la cuerna amenazante, que busca y no encuentra el bulto donde clavarse y herir, ha agotado ya las posibilidades de su empleo, en la mano derecha y en

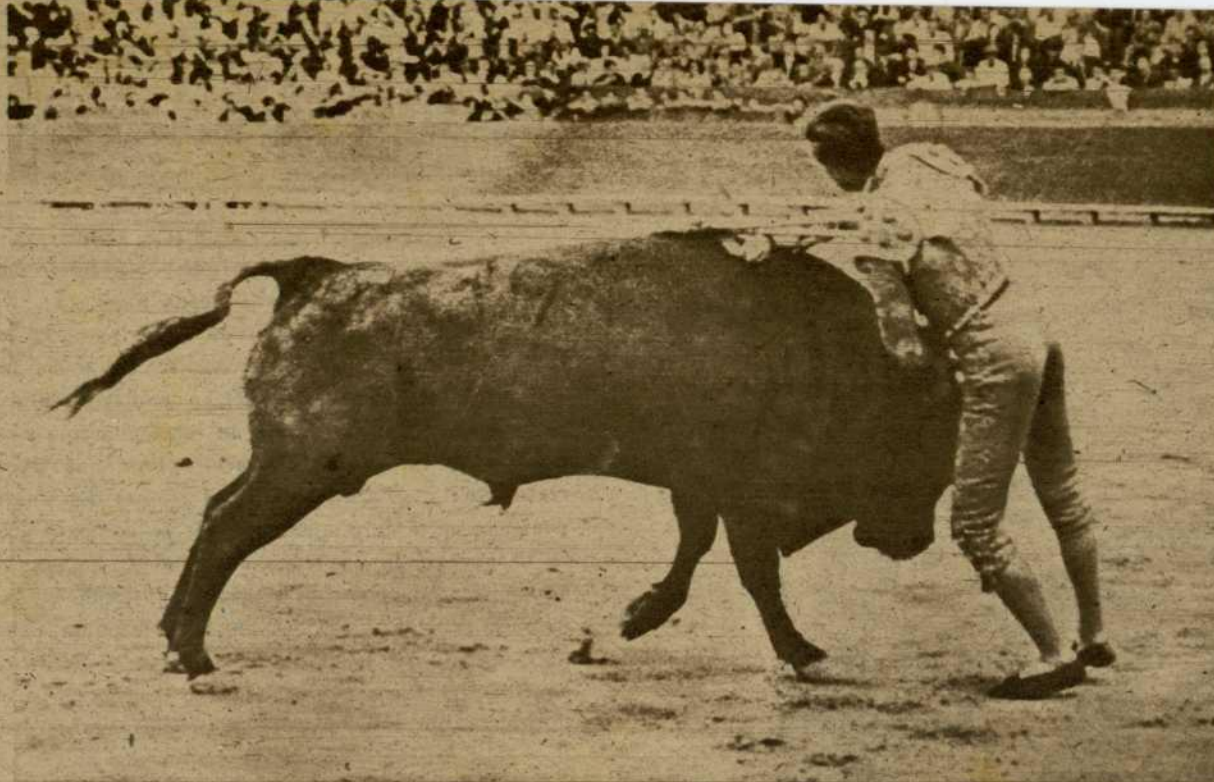
es, fué y seguirá siendo la «manoletina»: el pase empleado por un torero genial que quiso llevar su idiosincrasia y su estilo a las últimas consecuencias. «¿A mí, qué se me da?... Yo me pongo la muleta a la espalda y toreo solo, como si el enemigo no estuviera delante, sin mirarle siquiera, dando medias vueltas, en recuerdo de la enseñanza de la militar instrucción...» Y de lo cerca que pase el cuerno buido, de lo que roce, como un huracán, la melena verde del árbol, dependerán la gracia y el peligro, la emoción y el mérito de esa elevación de la indiferencia y del estoicismo a la potencia enésima en que la «manoletina» consiste. Muy fácil si se simula —como todo—, y loabilísima cuando se da de veras... Danza solitaria donde el lidiador parece girar con un espectro, con un fantasma, al que sólo suple el trapo rojo en el vuelo de una falda. Es en la «manoletina» donde el espada, clavado en la arena, baila más ritualmente con su eterna Prometida: la Muerte. Un pase seco, solemne, escalofriante, y a la vez ungido de esa gracia indecible que sólo tienen el país del abanico y el ala del ángel. «Manolete» la hizo suya, le dió nombre y por ella —después de muerto— vive y vivirá, por siempre y para siempre.

ALFREDO MARQUERIE

(Fotos Valls y Mari)



La estocada de "MANOLETE"



SABIDO es que «Manolete» hizo su presentación en Madrid para confirmar su alternativa de matador de toros el 12 de octubre de 1939. Pero se decía que, si no en Madrid, había toreado de novillero en sus alrededores. Un día se lo pregunté al propio «Manolete», que me respondió:

—En efecto. Toreé dos novilladas en Tetuán de las Victorias en la primavera de 1936.

—¿Y cómo resultó la cosa?—inquirí.

—Nada de particular —me dijo sin el menor asomo de vanidad y hasta con cierto desdén—. En mi primera tarde despaché a mis dos novillos de dos estocadas, y sólo por esto me repitieron.

—¿Y qué?

—Lo mismo. Otras dos estocadas.

—¿A volapié?

—Sí.

Quedó en este punto cortado en seco nuestro diálogo sobre la materia. «Manolete» no recordaba con placer aquellas tardes, como si no contaran ni debieran contar en su ya brillante historia (esta conversación la tuvimos en el mes de abril del 44), y no insistí más. Pero el hecho cierto, indiscutible, al menos en mi modesta opinión, es que la fama de «Manolete», conquistada, sin duda, por otros caminos, tenía cada tarde triunfal un colaborador silencioso, que pasaba casi inadvertido, en su modo de ejecutar la suerte suprema. Por regla general, se hablaba hasta enronquecer de sus faenas de muleta, y sólo como final, y como dándole por descontado, se hacía referencia a la estocada, casi siempre en lo alto. Otro tanto hacían, en general, los críticos, que daban rienda suelta a la pluma para describir sus faenas y guardaban, agotados, un par de líneas para calificar el instante supremo.

Podría recoger ininidad de autorizados textos probatorios; pero he de copiar tan sólo uno, porque en él alude el cronista —R. Capdevila— a un modo de matar, que no recuerdo haber visto practicar al genial cordobés más de un par de veces en un largo centenar de toros que le vi derrumbar. Decía así Capdevila en «Arribas»:

«Manolete», torero de sangre y de estirpe, y de tierra también, que aguanta y manda con la capa de una manera indescriptible. Que templea y que pulsa a los toros, como no cabía creer cuando nos contaban. Que no cede cuando los toros se quedan, y les insiste en ese momento peligroso, y les saca el remate imposible, como aquella media verónica del quinto, inolvidable por los siglos de los siglos.

«Manolete», que se supera aún en la muleta. En el conocimiento, como cuando en su primero —marrajo—, desde la izquierda le metía al animal el pico de la franela al ojo derecho y le sacaba mágicamente hasta el tercio. En el valor, como en la serie de naturales. En la gracia, como en los galleos del sexto, mejorados sobre el que los inventó. En el temple, como en todo momento. En el construir las faenas técnicamente, como en el ritmo de estrofas que dió a los tres tiempos en que decidió su último —la de oreja también—: sobre la derecha, sobre la izquierda y adornos. Y en su modestia sin igual.

«Manolete», el cordobés, que para cúpula de su catedral mata en tablas o decide recibir a los toros.»

Matar en tablas sí le vi, porque los toros de «Manolete» —casi siempre lidiados en el tercio, cuando no en los medios—, fatigados por la dura lucha a que eran sometidos, tendían, si eran mansos —cosa

frecuente—, a refugiarse en aquel terreno; pero, con escasas excepciones, los mataba a volapié.

Claro está que pudo ocurrir, sin duda ocurrió muchas veces, que al disponerse «Manolete» a ejecutarlo se dieran algunas de las circunstancias que determinan, según explica con exactitud el docto tratadista Cosío, las suertes intermedias de «aguantar» y «arrancar», cuyos pormenores creo innecesarios en este trabajo.

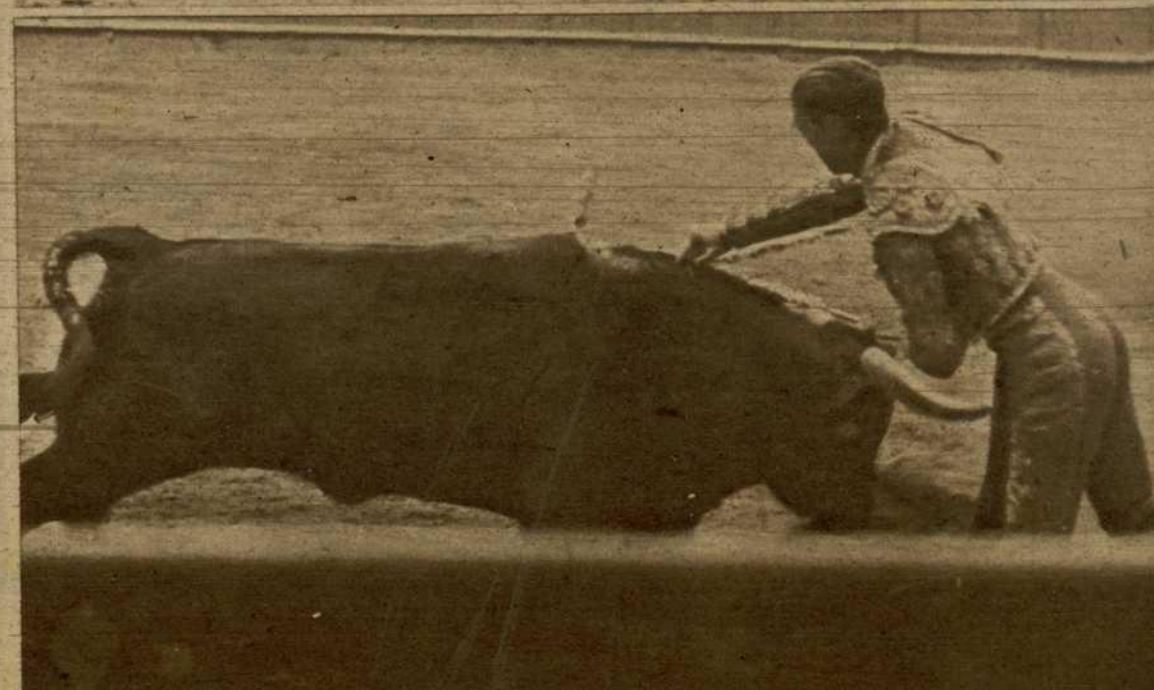
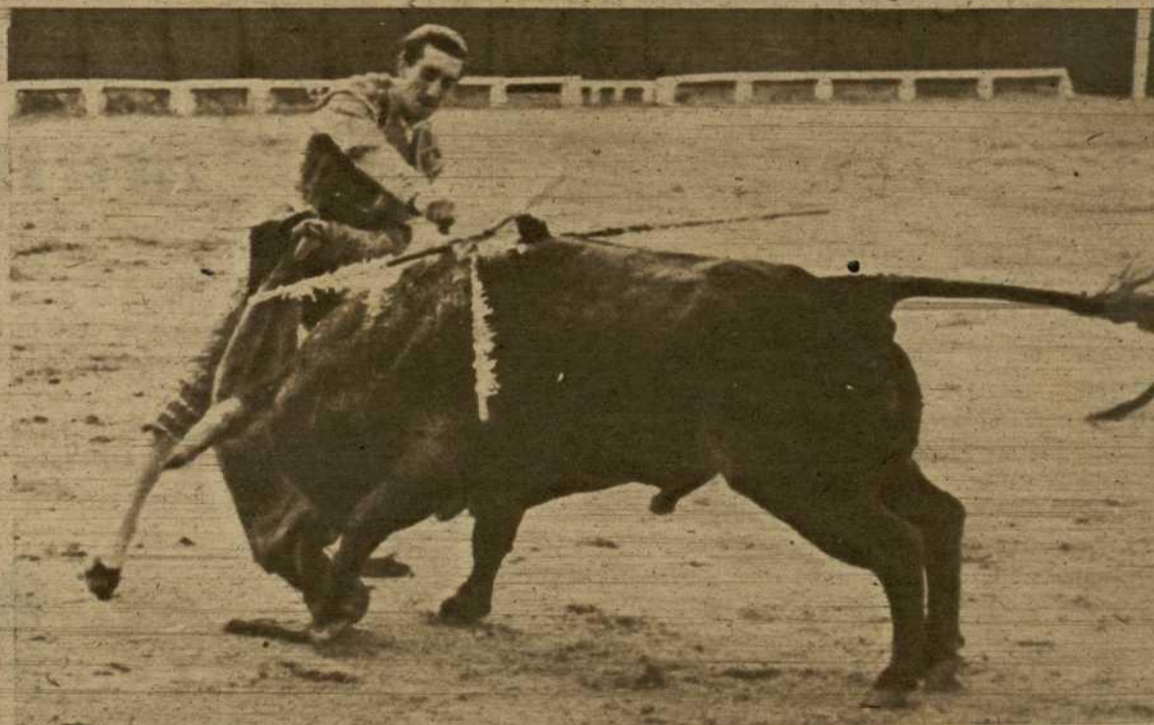
Lo cierto es, en cualquier caso, que la mayor parte de los toros matados por «Manolete» fueron heridos en lo alto, por el mismísimo hoyo de las agujas, o por los rubios, según el modo de decir de cada cual. En Segovia mismo, en aquella tan maltratada actuación de fin de junio último, en la que el cordo-

bés, sobreponiéndose a los desencadenados elementos de viento y lluvia, hizo lo humanamente posible para complacer al público, pinchó varias veces a sus toros; pero todas bien, en el mismo lugar del morrillo, en que de antemano había fijado sus ojos.

Pueden contemplarse con detención y escrúpulo crítico cuantos documentos gráficos nos quedan de «Manolete» ejecutando el volapié. En todos se verá la resolución de matar a su enemigo guapamente: en el modo de perfilarse en corto y recto, en el montar la espada sobre el pecho, en el doblar la cintura sobre el antebrazo izquierdo, en el brioso empuje del brazo y, sobre todo, en la posición de la cabeza que mira serenamente al sitio en que habrá de encontrarse la muerte el toro, sin pensar que la suya —su muerte— podía ir ya, más atrás, tapada en los vuelos de su muleta. Como ocurrió en Linares.

Muchos diestros fueron famosos tan sólo por ser excelentes matadores. «Manolete» también pudo serlo por esto; pero la verdad es que no se le dedicaba mayor atención a esta espléndida cualidad. El mismo no confiaba a ella sus triunfos. Difícilmente habría podido contentar a los públicos con la perfecta ejecución de un soberano volapié, si a ella, no había precedido una faena típicamente manolete. Por otra parte, él debía pensar que por el nuevo hecho de ser matador de toros, lo de matar bien era obligado y tan parejo al oficio, que no merecía más plácemes ni contemplaciones.

JULIO FUERTES



EL CUARTO NUMERO 220 SE HA QUEDADO VACIO

La impresión de los servidores del hotel en que «Manolete» se hospedaba cuando estaba en Madrid

acompañados por Luisa, que es una de las camareras que se turnaban en el servicio de la habitación número 220, a la que hemos llegado guiados por esta muchacha simpática, a la que preguntamos algunos datos acerca de las costumbres que observaba el llorado ídolo taurino en la relativa intimidad de su vida de huésped de hotel.

—¿Era usted quien se ocupaba siempre del arreglo de esta habitación?

—No. Somos tres las encargadas de este piso y, por tanto, las tres nos ocupábamos del servicio de este cuarto.

La muchacha hace un gesto muy expresivo que subraya perfectamente su contestación.

—Incontables. Todo el día se pasaban, desde todas partes, preguntando por él. Cientos y cientos de llamadas se recibían diariamente, entre conferencias y avisos del interior de Madrid.

—¿Solía negarse a hablar con las personas que le llamaban?

—Procuraba contestar a todas las llamadas y atender a todo el mundo.

Al pasar ante la Conserjería, cuando ya abandonábamos el hotel, hablamos con el conserje.

—Estamos todos impresionadísimos por la muerte de ese gran torero que fué «Manolete».

Nos señala el casillero marcado con el número 220.

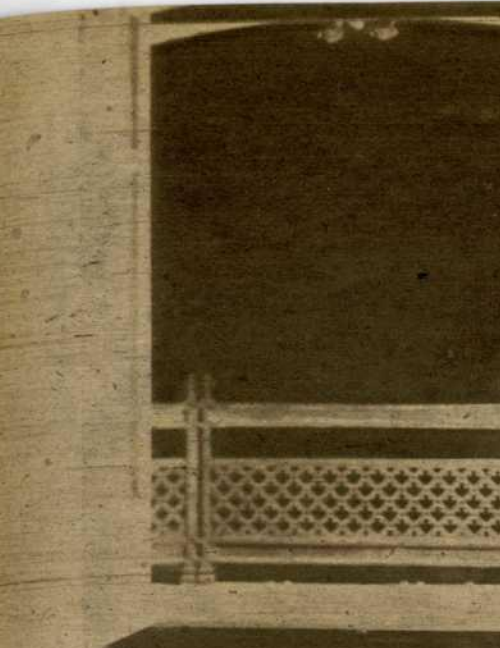
—Aquí había siempre montones de cartas, de telegramas de felicitación. Recibía además periódicos y revistas de todas partes, hasta del Extranjero...

—¿Era amigo de dar propinas?

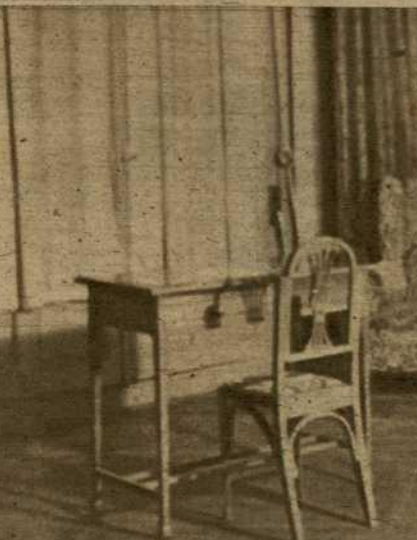
—Solía ser generoso. Pero de esas cosas se encargaba casi siempre don José «Camará»... Yo me acordaré siempre mucho de «Manolete». Aunque tenía fama de ser muy serio, estoy convencido de que en el fondo no era más que un chiquillo. La impresión de seriedad quedaba desvanecida en cuanto se hablaba con él. No era nada orgulloso.

Recogida esta última impresión de los sentimientos que inspiraba «Manolete» a los empleados del hotel, que era su casa durante los días felices en que triunfaba —como en todas las Plazas de España, como en las de Méjico, también—, en la Plaza de Madrid, nos vamos de allí, contagiados de su tristeza y de su luto.

PILAR YVARS



Este balcón que se abre sobre la plaza del Ángel es el del cuarto número 220 del hotel en que se hospedaba «Manolete» cuando estaba en Madrid



El gabinete que ocupaba «Manolete», el armario de luna que guardaba los trajes de luces y el sillón donde se sentaba a esperar la hora de salir para la Plaza

Hablamos con Luisa al llegar ante la puerta del 220.

—¿Reclamaba con mucha frecuencia sus servicios?

—Muy poco. No exigía nada y se portaba siempre con mucha corrección.

Entramos en las habitaciones: un gabinete espacioso con armario de luna, sillones con orejas, mesa pequeña y tocador, por mobiliario, y, al fondo, separada del gabinete por cortinas de damasco azul, la alcoba con sus dos camas gemelas y su mesa de noche, sobre la que se encuentra, mudo ahora, el teléfono más veces utilizado del hotel. En la cama de la izquierda dormía «Manolete» y en la de la derecha «Camará».

—Este es el sillón donde él se sentaba —nos dice Luisa, señalando el que está colocado junto al armario—. Aquí se vestía siempre —continúa—. Y muchas veces, vestido ya, esperaba el momento de marchar a la Plaza, ahí sentado en su sillón.

—¿Estaba tranquilo?

—Muy tranquilo. Bromeaba con todo el mundo. Jamás dió señales de estar asustado. Los días de corrida, la habitación se llenaba de gente. El no se molestaba por la invasión; los pasillos estaban llenos y el hotel revuelto de arriba abajo. Cuando ya empezaba a vestirse, procuraba que el cuarto quedara más desocupado. Entonces sólo le acompañaban dos o tres personas de su intimidad. Al salir, todos los huéspedes estaban fuera de sus cuartos y hasta le aplaudían al atravesar los pasillos y el «hall».

—¿Cuidaba usted su ropa?

Luisa abre el armario ropero. Nos invade la tristeza que proporciona la vista de las cosas vacías, privadas de su utilidad y de su fin. Las perchas desnudas son como los esqueletos de los trajes de «Manolete».

—Todo esto estaba lleno de trajes, y debajo del armario había una hilera interminable de zapatos.

—¿Cuántos trajes de luces tenía?

—Yo he contado diez trajes de luces. Cuando se vestía solía dejarlos sobre los sillones.

Salimos del cuarto que no volverá a sentir más la alegría de la presencia llena de color de los trajes bordados del torero, y bajamos al vestíbulo, donde se encuentra instalada la centralilla telefónica. En ella hay una guapa chica que, con los auriculares en los oídos y en las manos las clavijas que ha de hacer funcionar constantemente, contesta a una pregunta nuestra.

—¿Recibía «Manolete» muchas llamadas?



El conserje del hotel señala el casillero del que «Manolete» recogía su correspondencia



Por esta centralilla de Teléfonos se han puesto innumerables comunicaciones al huésped excepcional del cuarto 220 (Fotos Mofes)

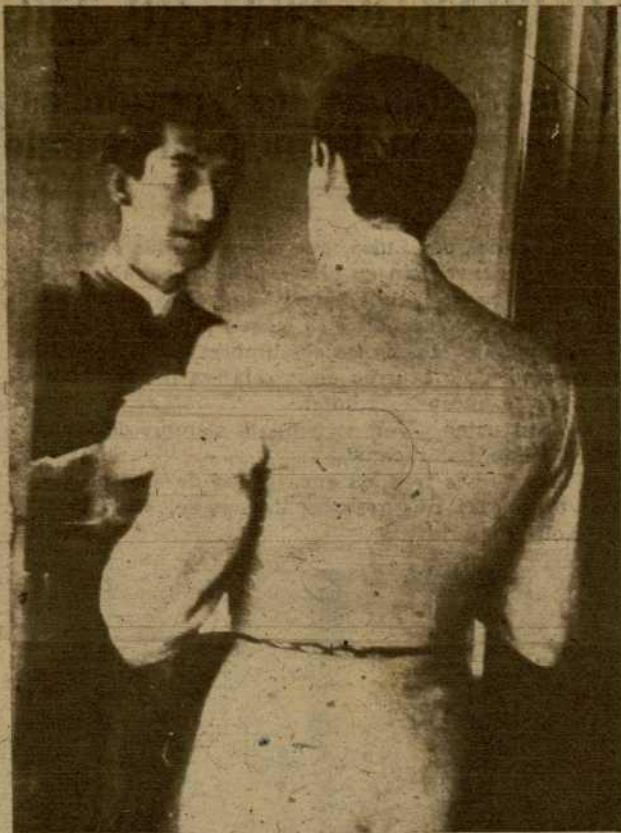


La alcoba del hotel que ocupaban «Manolete» y «Camará»

CREO que el momento más impresionante de nuestra visita al hotel donde se hospedaba «Manolete» durante los días que permanecía en Madrid, ha sido aquel en que el balcón se ha abierto ante nosotros para dejar entrar el paisaje alegre y urbano de la plaza del Ángel. Desde allí el torero muerto habrá mirado muchas veces el bullicio de la plaza donde juegan niños a todas horas, habrá escuchado el rumor del tráfico que en ella circula, habrá visto sobre el cielo de la noche recortarse la encendida silueta de un anuncio luminoso; y hemos evocado su alta figura perfilada en ella. Pero el balcón hoy está vacío. Bueno, no es esto demasiado exacto, puesto que en él nos encontramos nosotros

"MANOLETE", el famoso torero, en su vida íntima

«Manolete» va a torear en un festival. Ante el espejo da los últimos toques a su atavío



«Manolete», en su rodar por los hoteles de toda España, se hace y se sirve el café

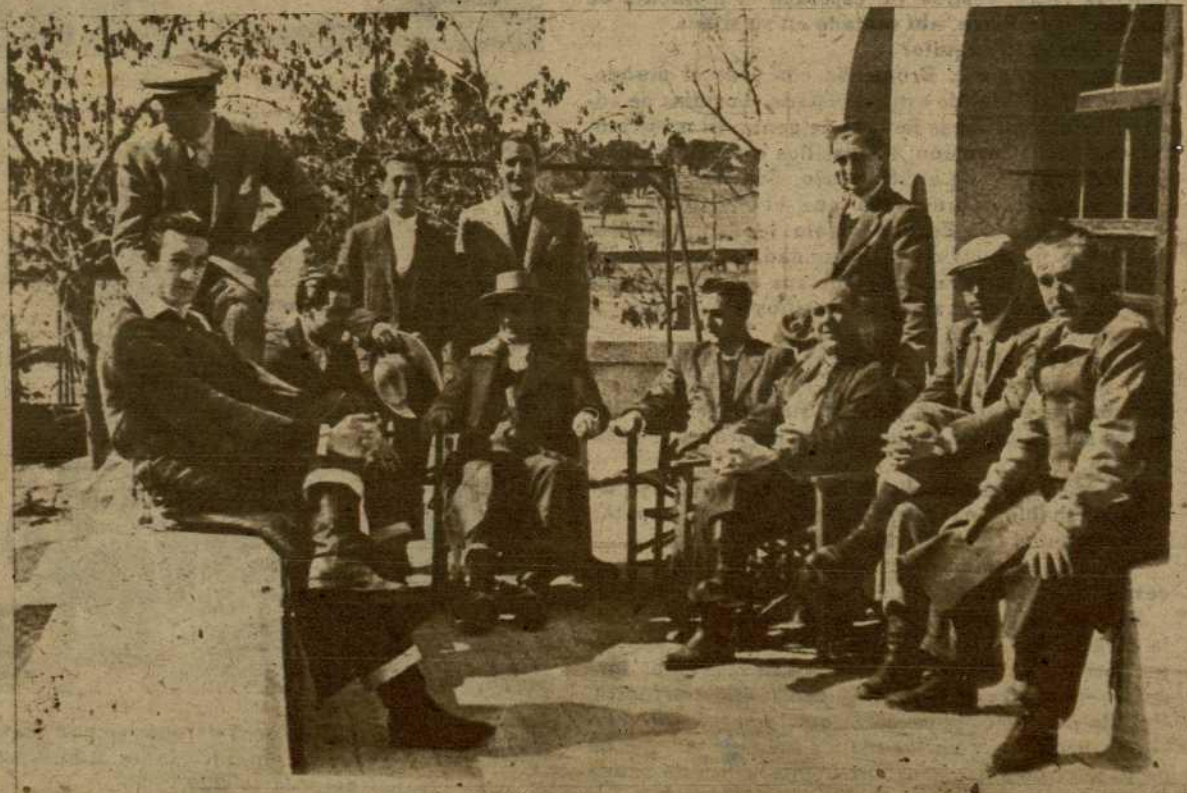


Ahora escribe unas cartas para persona de su intimidad



«Manolete» está en la tienda del ganadero Atanasio Fernández. No le apremian los admiradores ni tiene que vestirse el traje de luces. El gran torero vive en el campo unas horas de tranquilidad

«Manolete» descansa en el cuarto del hotel. Apura un cigarrillo y piensa acaso en la corrida que le espera por la tarde





«Manolete» ha regresado de América. Ha traído de allí una radio modernísima; y ahora la escucha, sonriente, en su casa de Córdoba



«Manolete» está al final de su temporada de 1945. En el patio de su casa descansa unas horas del ajetreo de las carreteras y de la emoción de los ruedos



«Manolete» ha hecho varios viajes a Méjico. Entre corrida y corrida, «Manolete» concede un tiempo al deporte, y aquí aparece jugando a la pelota en el frontón

«Manolete» ha establecido intimidad con el torero mejicano Carlos Arruza. Aquí están los dos, en Valencia, dando buena cuenta de una paella bien hecha



No todo es seriedad en la vida de «Manolete». La seriedad ya está bien para los ruedos, donde él ha dicho que no se ría, porque eso de torear es una cosa muy seria. Pero en la intimidad es otra cosa. Va aquí del brazo con Pedro Chicote, y en su rostro se refleja el optimismo

La novia del torero. El torero famoso está en Nueva York, y la señorita Lupe Sino luce sobre sus hombros el capote que tantas veces lució «Manolete» en su salida a los ruedos (Fotos Manzano, Finezas, Rián, Ricardo, Citra y Vidal)



SOLEDAD Y GRANDEZA DE MANUEL RODRIGUEZ

*¡Ay! de tu soledad, Manuel Rodríguez.
¡Ay! de tu soledad y ¡ay! de la mía.
En el último tercio, como siempre,
con tu secreta soledad maciza.
Ya te has ido...*

*Ya tienes
pintada la sonrisa
que todos te buscaron en el presentimiento
de tu carne mortal y estremecida.
Ya estás solo...*

*Tú eras
solitario de cimas,
de nubes y silencios...,
una cosa distinta.*

*Ya tienes horizontes para tus ojos muertos,
tus ojos relucientes de verdades sencillas.
Ya sabemos por qué y de qué manera
eras así..., ¡si todo lo sabías!*

*Escuchabas tu muerte.
Ibas con el bagaje de saberlo en la vida;
de saberlo y gozarlo,
igual que un anticipo de tu gloria prevista.*

*Se pasarán los años,
se hará la Historia antigua;
otros vendrán, se marcharán aquéllos...
¡Sólo tú, como un lago sin orillas!*

*Sólo tú..., con el paso sosegado
del que marcha a una cita,
con tiempo y sin premura...,
sin declarar la hora ni la esquina.*

*Y yo, con tu toreo en la garganta,
en la fiesta infinita...*

*Yo, en un ruedo de plomo;
tú, en un cielo con luz de alternativa...*

*¡Ay! de tu soledad, Manuel Rodríguez.
¡Ay! de tu soledad y ¡ay! de la mía.*

(1947)

MARTINEZ RENIS



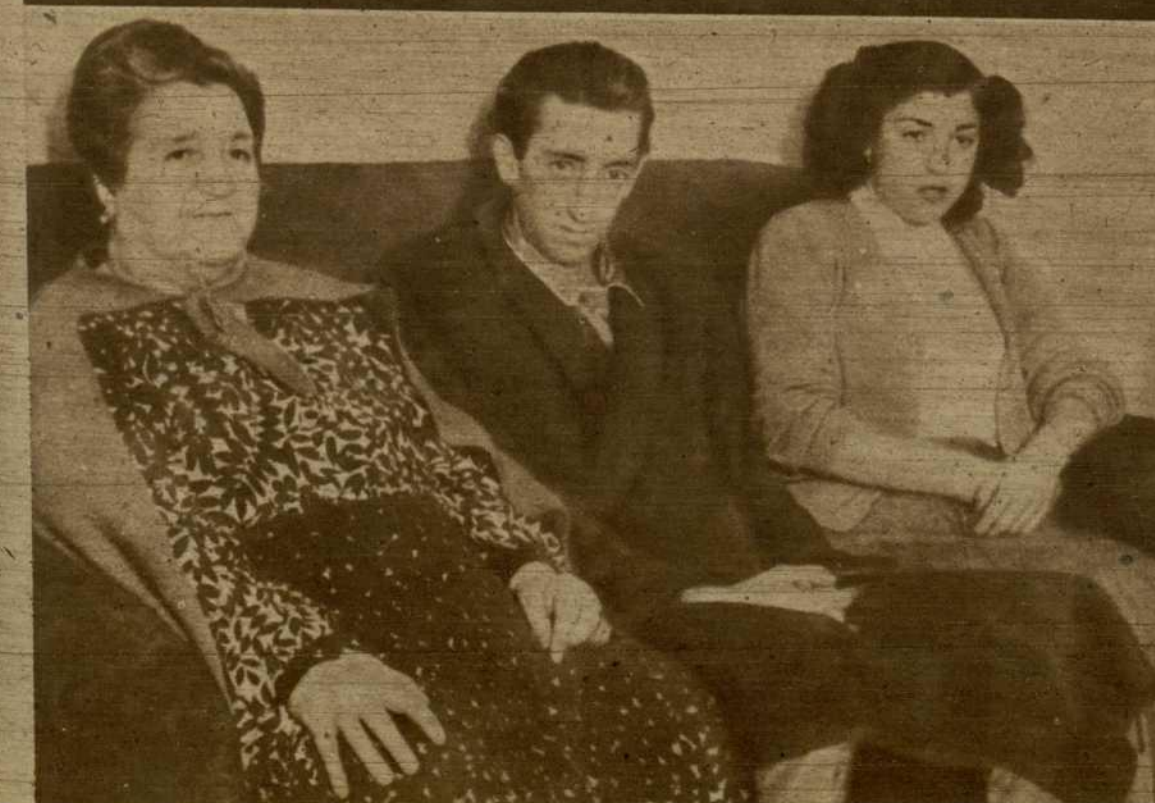


La madre de «Manolete» y las tres sobrinas —Lola, Encarnación y Rafaela— del famoso torero, en su casa de San Sebastián



Las tres sobrinas de «Manolete», hasta el año 1945, no habían visto nunca el mar

«Manolete», con su madre y su hermana, en la casa de Córdoba (Fotos Marín y Ricardo)



Cómo supo la madre de «MANOLETE» la cogida de su hijo

LA madre de «Manolete» pasaba el verano en San Sebastián. Acompañada de su hija Teresa y de sus nietas Lola, Encarnación y Rafaela, doña Angustias vivía en «Villa Iru», frente al Casino de la Playa, en Miracóncha.

Doña Angustias está casi ciega. De cerca no ve absolutamente nada. De lejos percibe, con alguna confusión, los objetos. Se pasa el día en el balcón mirando hacia el mar, y no sale apenas de casa.

Los días en que su hijo tenía corrida, hacía que su nieta Encarnación estuviera a su lado desde las siete de la tarde, en espera de la llamada telefónica. Cuando ésta llegaba y conocía el final «sin novedad» de la corrida, doña Angustias exclamaba indefectiblemente:

—Bendito *Dió*...

El jueves, a primera hora de la tarde, «Manolete» llamó a «Villa Iru» por teléfono, desde Linares.

Había recibido un encargo de sus sobrinas en Santander, y desde allí no pudo hablar con ellas. Se puso su madre al teléfono. Fue la última vez que habían de escucharse:

—¿Estás bien, Manolo?... ¿Hase mucha calor?...

—Regulá... Algo más que ahí.

—Adiós, hijo... ¡Suerte!...

La suerte estaba echada.

A las nueve de la noche —ya tardaba— llama el teléfono desde Linares. Encarna coge el auricular.

—Bien... —dice el mozo de espadas—. Ha tenido un puntazo.

Hay una alarma y una prisa en pedir detalles.

—Una cosa así como la de Madrid... No se apuréis ustedes... Vamos a salir para Madrid. Pero no alarmarse por lo que digan los periódicos.

La familia de «Manolete» experimenta una gran contrariedad; pero no se alarman. Están convencidos de que el percance no tiene importancia.

A las diez y media de la noche, el empresario, don Pablo Martínez Elizondo, íntimo del diestro, habla con Linares. Le dicen que el estado de «Manolete» es muy grave. «Camará» aconseja que doña Angustias salga para Linares. Inmediatamente se traslada a «Villa Iru».

Doña Angustias, alarmada al verle, exclama:

—¿Qué es, Pablo, qué es?

—Nada, doña Angustias. Una herida pequeña. Yo me voy ahora para Madrid.

—¿Es grave, Pablo, es grave? Por su *salú*; dígame la verdad. Cuando usted viene ahora a casa es que mi hijo está muy mal...

—No, mujer. Y si quiere usted convencerse, venga conmigo. Tengo un coche muy bueno, y el viaje es cómodo.

—Dígame la verdad. Si mi hijo no está grave, ¿por qué me dice que vaya?

—No está grave; pero le gustará que se halle usted a su lado. Yo, en su caso, iría.

Acepta la madre del diestro. El señor Martínez Elizondo va por el coche. Ha ofrecido el suyo el conde de Villapadierna. Cuando, a las once, vuelve al domicilio de la madre de «Manolete», ésta acaba de hablar con Linares.

—Pablo —le dice—, yo creo que no hace falta que vaya. Acaba de hablarme «Camará», y dice que por causa del calor no salen para Madrid y siguen en Linares.

—Sí..., sí...; pero de madrugada harán el viaje. Ya que lo ha pensado, debe usted venir.

Un cuarto de hora después, la madre del torero, la sobrina Encarna y don Pablo Martínez Elizondo están en la carretera. Doña Angustias, llorando desconsoladamente, con el terrible presentimiento de que no volvería a recibir un beso de su hijo...

ALFREDO R. ANTIQUEDAD

LA MUERTE DEL HEROE



Luis Miguel y el banderillero de «Manolete» «Carnicerito de Málaga» velan el cadáver del infortunado torero.



A hombros de sus compañeros y amigos, el cadáver de «Manolete» sale del Hospital del Patronato de los marqueses de Linares.

Aunque la causa no fuese justa, aunque no tenga justificación teológica, el morir en una fe dignifica y purifica al hombre hasta exaltarle a las regiones de los valores puros, a donde sólo por los caminos de la Religión o el Arte se puede llegar.

La multitud no comprendió bien estas cosas. Exige al ídolo la ofrenda constante de su existencia. Cree que les puede engañar hurtando su corazón mortal, cuando es lo cierto que al pisar estas cumbres, el hombre conserva su vida sólo en usufructo y está siempre pronto a entregarla.

Pero la Historia exige la matanza. En ríos de sangre se apoyan las civilizaciones y los sistemas, y las famas, y la vida misma. Sangre de los animales, sangre de los héroes, sangre de sí mismo reclama el pueblo, si quiera sea para luego convertirla en lágrimas. Sangre. Sangre que con prodigalidad de príncipes calaveras vierten los elegidos ayer y hoy, hoy y mañana, en contribución a su fe y a su inmortalidad.

Llanto. Llanto que permitió a Quevedo anunciar la muerte del duque de Osuna con este endecasílabo:

El llanto militar creció en diluvio.

Creció en diluvio y tejió el romance. Y hoy, al llorar la muerte de un héroe taurino, de un héroe de España, que se fué altivo y orgulloso cuando nada ya tenía por conquistar, las campanas redoblan sus toques funerales, y las trompetas de la Fama ponen sordina a los ecos del bronce. El día de nuestro luto es, «Manolete», el de tu gloria y el de tu triunfo. Ve al pueblo, que te increpó tantas veces, cómo, piadoso, se arrodilla ante tu cadáver igual que ante un dios. Tú habrás sentido, como yo vi, en la capilla mortuoria, los besos cálidos que sobre la frialdad de tu frente y de tus manos depositaba ese pueblo.

Hombres maduros, con la cabeza canosa y el sombrero en la mano, decían, emocionados, la mejor plegaria, la mejor oración fúnebre que a los poetas haya podido inspirar artista alguno.

Por si algo te quedaba por conquistar, ya has hecho la última conquista. «Manolete» dominó a las multitudes y a las fieras, y a la miseria y a la fortuna, y cuando parecía llegada para él la hora del descanso terreno, de gozar una paz alcanzada con su temple de acero, «Manolete», ambicioso y soberbio, quiere hacer —y logra— su última conquista: conquista a la muerte con serenidad, la misma serenidad que le dió fama.

«Manolete» esperó a la muerte, sí, desde su cama, firme y sereno, como esperaba al toro. Su voz no vaciló un momento en la lenta agonía, y mientras su sangre se le escapaba gota a gota y se horrorizaban las gentes —lo mismo, lo mismo que cuando toreaba—, él era el único que permanecía tranquilo.

Dicen que «Manolete» no se dió cuenta de su muerte. Están equivocados los que tal afirman.

Mi hermano Luis Miguel, que acudió el primero, tras el percance, a recogerle, me dijo, pocos minutos después, que en el rostro de Manolo había visto la huella de la muerte y que un hombre del temple de «Manolete» no se podía equivocar. Luego, con voz angustiada, Luis Miguel, que me hablaba por teléfono, me pedía: «¡Médicos!... ¡Los mejores!...»

Yo comprendí entonces también que «Manolete» se moría.

Solicitó Manolo confesión. La ciencia no podía hacer ya nada.

El Destino, terco, se había empeñado en arrebatárnoslo. Al filo de la madrugada consumió su empeño. Se llevó a «Manolete». Pero nos dejaba su figura, su hombría, que permanecerán siempre entre nosotros ondeando al viento, bajo el sol o bajo las estrellas, como ejemplo y lección suprema de nuestro héroe popular más preclaro.

DOMINGO GONZALEZ LUCAS

«¿No sabes que el polvo de este mundo está hecho de matanzas infinitas?... La matanza está en los desiertos; en las casas de los hombres, en los nidos de los pájaros, en los agujeros de los insectos; en el mar, en el cielo...» (TAGORE).

Todos los hombres que han dominado a la vida y a la fortuna no han ignorado este viejo proverbio: «Sólomente es dueño de su vida el que tiene valor para perderla».

La historia universal, la historia particular de los seres —lo elevado de la historia—, está escrita con letras de sangre. Una sangre que por igual campea en el luminoso quehacer del arte; en el oscuro discurrir de los oficios; en el heroísmo de la milicia; en la abnegación callada, en fin, de cualquier profesión. Y es que el triunfo exige siempre el alto precio de la vida.

Cuando el héroe cae, una estela luminosa rastrea su figura, y su obra cobra perfiles legendarios, a veces al otro día mismo de la muerte.

¿Por qué el Destino elige, siempre para sí estos superhombres?... ¿Por qué, siempre también, prefiere la sangre joven y la plenitud del éxito?...

Homero explica que no hay espectáculo tan grandioso para los dioses como la lucha del héroe contra su destino fatal. En su esfuerzo inútil, en la terrible lección de su fortuna impotente, está fundada la diferencia entre Dios y el héroe. Si no, el héroe sería tanto como un dios. Y Dios también se deleita en abatir, de vez en cuando, el vuelo majestuoso de los Icaros humanos, poniéndonos así de manifiesto nuestra frágil condición.

Pero hay algo que queda, algo que sólo puede desaparecer con la muerte del mundo mismo, porque en lo que somos verdad, somos inmortales, y cuando estamos de parte de la verdad, estamos de parte de la inmortalidad. La verdad del héroe va emparejada a su heroicidad misma.

«Cuidate, hijo mío, cuidate»,

dijo doña Angustias Sánchez a «Manolete» la última vez que le vió en vida



LA última vez que Manuel Rodríguez, «Manolete», estuvo en su ciudad natal, Córdoba,

fué el día 15 de julio, de regreso de la corrida torcada en La Línea de la Concepción. Por la mañana conversó animadamente con los amigos íntimos. Almorzó con el novillero mejicano Mario Sevilla. Hizo una visita, como solía siempre, a la Virgen de los Dolores —su devoción más honda—, en la iglesia de la plaza de Capuchinos. Habló de negocios, ya caída la tarde: los cortijos recién comprados... Compartió con la familia —hermanas, cuñados, primos, sobrinos— las primeras horas de la noche. Y, finalmente, en el popular restaurante de «Villa Rosa» «Manolete» cenó en compañía de su apoderado, «Camará»; el gerente de la Plaza de Méjico, señor Algara; el ganadero mejicano señor Madrazo, el novillero Mario Sevilla, el banderillero «Cantimplas», el cuñado de «Manolete» señor Torres Lineros y el crítico taurino «José Luis de Córdoba».

Después de la cena, «Manolete» emprendió su viaje a Madrid, en cuya Plaza había de actuar el día 17 en la corrida de Beneficencia, donde también resultó gravemente herido.

Recordamos todo esto, hablando con un familiar próximo de «Manolete». Y lo recordamos por lo que tiene de histórica esta última estancia del gran torero en su tierra natal, y a cuento de qué; en aquella fecha la madre del diestro, doña Angustias Sánchez, ya no estaba en Córdoba. Había marchado el día 3 de junio a San Sebastián para pasar los meses de verano. De labios de la propia madre vamos a escuchar, con detalle, la última entrevista con el hijo del alma. Doña Angustias, transida de dolor, nos dice que fué en San Sebastián donde le vió vivo por última vez.

«Toreó allí dos corridas —nos dice la señora—. Finalizada la corrida del 16 de agosto, fué a verme, brevemente, puesto que tenía que marchar a Toledo para torear el 17.

—¿Y cambió usted con él muchas palabras?

—La entrevista fué corta. Se sentó Manolo. Pidió una copa de vino fresco. Yo le dije: «¡Hijo mío, te vemos tan poco!...» Y me respondió: «Madre, ya no soy el chiquillo que era antes. Tengo que torear. Además, los compromisos de las amistades no me dejan tiempo para nada...» Poco más hablamos. Se puso en pie. Me besó. ¡El último beso! Aun antes de marchar le dije: «Manolo, te veo más desmejorado. ¡Cuidate, hijo mío, cuidate!» ¡Y te fué para siempre, Dios mío!

Las últimas palabras de doña Angustias se ahogan en un hipar de «ollozos».

Nosotros nos retiramos presas de emoción, respetando el santo dolor de la madre ante el cadáver del hijo muerto.

J. L. S. S.



El matador de toros Pablo González, «Parraco», que dió su sangre para tres de las transfusiones que se le hicieron a «Manolete».

LA ROMERIA
RESTAURANTE-COLMADO

4, Barcelona, 4

Anuncia a su distinguida clientela que dentro de unos días inaugurará su excelente servicio de restaurante y vinos finos de todas marcas

Atención a la reapertura próxima de

LA ROMERIA

“Manolete” gastó en dos fincas catorce millones de pesetas

En su deseo de hacerse ganadero de reses bravas

A «Manolete» le gustaba leer especialmente biografías de los grandes hombres. La de Napoleón la conocía al detalle

DON Eduardo Bermúdez tenía con «Manolete» vínculos de verdadero afecto. Bermúdez, que, a excepción de «Camará», es uno de los hombres que han conocido a «Manolete» más de cerca. Cuando regresa de Córdoba, de acompañar al cadáver del torero muerto de tan trágica manera, le preguntamos:

—¿De cuándo databa su amistad con «Manolete»?

—Del 30 de abril de 1935. No se me olvidará nunca esa fecha, por ser justamente la víspera de su presentación en Madrid.

—¿Quién le presentó al debutante?

—El pobre Manolo había venido de Córdoba acompañado de don José Molina, yerno de «Guerri». Este señor, que en los comienzos taurinos de Manolo se encargó de apoderarlo, me conocía en mi calidad de crítico taurino. Recuerdo, como si fuera hoy, que al presentarme la tímida y apocada figura del novel torero, lo hizo con estas palabras: «Este hombre, que ha de armar una revolución en el toreo, viene contratado para dos novilladas en Tetuán, y quisiera que usted procurase que sus compañeros de crítica le deparen benévola acogida.»

—¿Y ya no volvió usted a ver a Manolo hasta después de la guerra?

—Volví a verle a los pocos días de su segunda actuación en Madrid, en ocasión de celebrarse en Córdoba una corrida extraordinaria, en la que actuaron «Manolete» y un muchacho mejicano que me habían recomendado, apodado «El Judío». «Manolete» tuvo un éxito grande, con corte de orejas y salida en hombros. Puede afirmarse que fué allí donde sentí la sensación de que me hallaba ante un torero de posibilidades extraordinarias.

—¿Es cierto que usted apoderó también a «Camará»?

—Sí, por encargo de un pariente suyo, y ya en el ocaso de Pepe Flores; fui su representante durante dos temporadas, tiempo suficiente para sellar ambos una entrañable amistad.

—¿Es cierto que «Manolete» despreciaba la popularidad?

—Yo no diría que llegara a despreciarla, pero sí que procuraba rehuirla. Y es que «Manolete», que en Plaza evidenciaba serenidad y señorío, era en la

calle un hombre tímido y apocado. Le aterraban las exhibiciones. De aquí su afán de ir a todas partes acompañado de algún amigo. Un día, con infantil alegría, sacó del bolsillo unas gafas enormes, asegurándome muy convencido que le servirían para pasar inadvertido.

—¿Qué hábitos de vida tenía?

—Esclavo de su profesión, en cuanto empezaba la temporada, huía del vino y de los licores. Era hombre de gustos sencillos y amigo de la tranquilidad y de la vida sana al aire libre.

—¿Cuáles eran sus distracciones favoritas?

—Pasarse las tardes en el cine o en el teatro. Le gustaba mucho la zarzuela, siéndole familiares sus intérpretes más destacados. Amante de la lectura, en él tenían los quioscos de las estaciones el mejor cliente. Y cuando no encontraba la obra que le interesaba —biografías casi siempre—, nos hacía ir a mí o a cualquier amigo en persecución del volumen, hasta dar con él.

—Usted habrá escuchado muchas veces que «Manolete» no fué precisamente un derrochador...

—Lo que ocurría es que su casa y su cartera, siempre abiertas para los necesitados, estaban herméticamente cerradas para los vividores.

—¿Era «Manolete» tan rico como se asegura?

—Sí; aquí no hay hipérbole alguna. No puedo asegurar la cantidad total, pero basta recordar que la finca de Hornachuelos le costó cuatro millones y medio, y la enclavada en las proximidades de Ecija no bajó de los nueve millones. Esta última la adquirió impulsado por sus deseos de ser ganadero una vez retirado del toreo.

—¿Se preocupaba de sus intereses, o, por el contrario, no reparaba en este cuidado?

—Le interesaba que cuentas y asuntos estuvieran siempre claros y precisos. Por lo demás, su confianza puesta en «Camará» y en un plano más inferior en mí, fueron inalterables. Pasear con Manolo —añade Bermúdez— era ir haciendo paradas cada dos minutos para escuchar don afabilidad y socorrer a cuantos pobres se le acercaban. Su casa de Córdoba se advertía por

los que a ella acudían en la seguridad de encontrar alivio a sus necesidades. Las Hermandades religiosas tenían asignada una cantidad mensual. Y en su barrio, el de Santa Marina, sembró la caridad en la forma callada y anónima que siempre le fué peculiar.

—¿Supo estimar el trabajo de sus subalternos?

—Ellos, mejor que yo, lo atestiguan en todo momento. Baste decir que «Manolete» superó siempre los sueldos fijados por el Sindicato. Todos los años, al concluir la temporada, les hacía un importante donativo. Recuerdo que en una feria de Valencia le concedieron un trofeo al mejor diestro, consistente en un capote de paseo y cinco mil duros. En el acto hizo la siguiente distribución: el capote lo ofreció para hacer un manto a la Virgen de los Desamparados. Entregó mil pesetas a cada individuo de la cuadrilla, y el resto, en partes iguales, a los pobres de Valencia y de Córdoba.

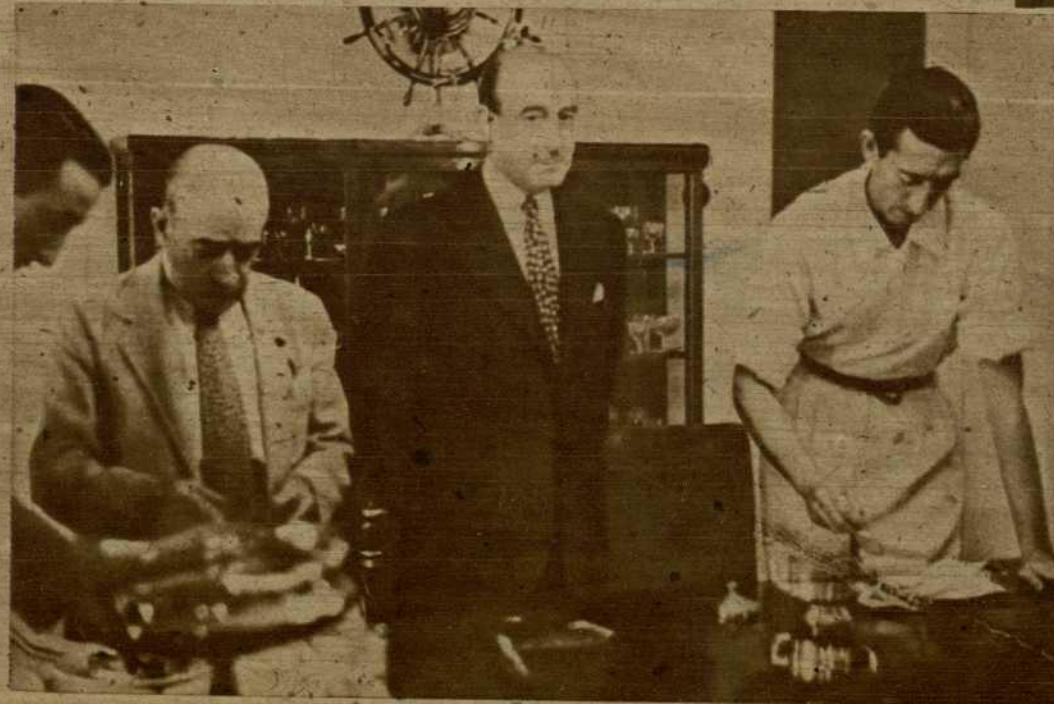
—¿Cuándo habló usted por última vez con el malogrado Manolo?

—La víspera de la corrida de Linares vino a Madrid para recoger a su apoderado. Perfilamos detalles de la corrida benéfica que pensaba dar en Córdoba el 27 de septiembre, cuyo importe íntegro sería para la construcción de casas baratas. Al salir a la calle, cerca ya del coche, me dió un encargo de carácter privado. Salieron sobre las ocho de la noche, con el propósito de cenar durante el camino y pernoctar en el Parador de Bailén. Eso fué todo.

—¿Quiere usted, que tan de cerca siguió sus pasos, decirnos cuáles fueron los grandes amores del gran torero?

—Por encima de todos, el de su madre, a la que idolatraba como hijo alguno pudiera hacerlo. Después, por partes iguales, Manolo ponía sus entusiasmos en su profesión y en el cariño a su Patria.

F. MENDO



A raíz de la cogida en la corrida de Beneficencia, a «Manolete» le recetaron una serie de inyecciones. Mientras el practicante se dispone a desinfectar los útiles, «Manolete», acompañado de don Eduardo Bermúdez y otro amigo, desayuna de ple

Bermúdez y los individuos de su cuadrilla rodean al torero, herido en la cara por un toro en San Sebastián

(Fotos Díaz Casariego y Santos Yubero)

CANCION de viejo romance, pregón de lírica y viril española, lo acaba de escribir «Manolete» con su sangre y de rubricarlo con su propia vida.

Toda la gente taurina luce azabaches crespos en su corazón; pero también el héroe de la tragedia ha afectado a cuantos gustan de los fuertes sabores de la Fiesta Nacional. Por eso, he querido preguntar a varios y simples aficionados: «¿Cómo comprendían ustedes a «Manolete»?»

Ellos lo interpretaron así:

ANTONIO GARCIA LEÓN, CAMARERO QUE SIRVIO AL IDOLO

Este Antonio García León, sevillano, viejo aficionado, trabaja en un viejo restaurante que visitara frecuentemente el desgraciado torero cordobés.

—Sí, señor —me dice don Antonio—. «Manolete» era un torero incomparable.

—¿Podría usted parangonarlo con «Joselito»?

—Verá usted —me replica—: Son dos épocas distintas, claro; pero, en fin, analizando a cada uno de los dos ases en su momento respectivo, yo creo que «Manolete» superó a José.

—¿Cómo consideraba usted el toreo del diestro cordobés?

—Insuperable. «Manolete» era en el ruedo todo corazón: mataba siempre con lealtad. No supo huir en la hora suprema: pundonor se llama esta figura.



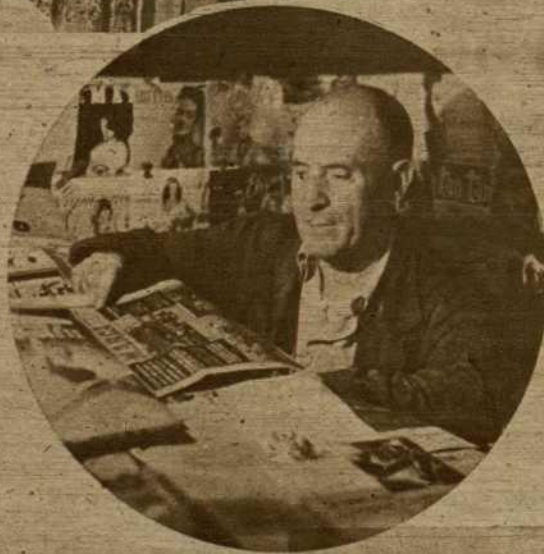
Antonio García León



Mery Martín



Juan Bueno-Díaz



Juan Antonio Robles



«Eduardini»

Pedro Gros

Mi siguiente pregunta busca el juicio de mi informador sobre el «Manolete» individuo. Y la contestación surge así:

—Yo he oído muchas tonterías por ahí. «Manolete» era un chico grande y bueno. No era chirigotero; eso, no; pero sí amable y alegre en la conversación. Y en cuanto a la leyenda de la tacafiería del torero, no es más que eso: leyenda. Aquí, a nosotros, nunca se preocupó si se trataba de seis o de sesenta. Y siempre se portó espléndidamente.

Para cerrar la charla con el viejo aficionado, digo:

—¿Quién cree que recogerá el cejro de «Manolete»?

—Pues —contesta tras breve meditación— Luis Miguel «Dominguín» es un torero largo, completo, a lo José. Entre él y Paquito Muñoz tal vez esté el dilema...

MERY MARTIN NO CREE QUE EL ANSIA DE GLORIA OBLIGARA A «MANOLETE»

Mery Martín, la gentilísima artista, me recibe en su camarín. Sobre la mesita tocador hay un mu-

ñeco que simboliza con pleno acierto la figura del infortunado diestro.

—Sobre «Manolete» quisiera que me hablara usted, Mery—ruego; y Mery me responde:

—Soy muy aficionada a los toros; me encanta la Fiesta. Calcule usted la impresión que me causó noticia de la muerte de «Manolete». Es, además, tan triste morir en plena juventud triunfadora...

—Usted, Mery, también joven, también artista y también triunfadora, ¿considera que el afán de gloria, el ansia de los aplausos, fuera la causa de que no se retirase este torero multimillonario?

—No; no lo creo. «Manolete» sentía los toros. Poseía una enorme afición. Y contra eso, no hay más barrera que la senectud o la muerte. El eligió la mejor, estéticamente hablando.

BUENO-DÍAZ, EL «PINTOR DEL DESIERTO» Y EL «BELLO GESTO»

Juan Bueno-Díaz, el pintor que ha inmortalizado en sus lienzos el infinito y sobrenatural paisaje del Sáhara español, de los territorios de Ifni, trabaja ahora en una gran tela de tema taurino, cuando le saludo en su Estudio.

Bueno-Díaz es un auténtico y fervoroso aficionado. Por eso, me dice:

—«Manolete» llenó una época del toreo. Hoy es imposible estudiar exactamente la figura del diestro cordobés: falta perspectiva. Pero luego se verá cómo la personalidad taurina de «Manolete» se agiganta casi al infinito. Hay que fijarse en que con su fin trágico, el gran torero

cerró con broche de oro y sangre su propia biografía. Los héroes míticos pasaron a la inmortalidad porque murieron jóvenes y triunfadores: como «Manolete».

—Lo demás —concluye Bueno-Díaz—, es decir, que el torero fuera parco o dadaso, amable o hurano, obstinado o condescendiente, no me interesa. Lo fundamental es el artista ante su obra.

EL VENDEDOR DE PERIÓDICOS QUE VIO TOREAR AL PADRE DE «MANOLETE»

El señor Juan —Juan Antonio Robles— tiene más de sesenta años, un puesto de periódicos en la Gran Vía y casi medio siglo de aficionado.

—Pues, sí, señor —me dice, rápido—: «Manolete» el mejor torero del mundo. Ya a mí me gustaba el toreo de su padre. Al otro Manuel Rodríguez le vi en la Plaza de Valdepeñas. Hace, claro está, muchos años de esto. Y al mismo «Manolete» le vi en las dos novilladas que toreó en la Plaza de Tetuán. Por cierto, que fracasó en ambas fechas. ¿Quién iba a decir que aquel novillero alto y seco iba a ser lo mejor de lo mejor en los ruedos?

PEDRO GROS PRESAGIO LA TRAGEDIA

Ahora estoy ante esa original personalidad que es Pedro Gros, el artista muñequero.

Pedro Gros me habla:

—Tal vez alguien crea que preendo, con burdo truco, senjar plaza de augur... Pero yo sentí, o, mejor dicho, presentí, el fin trágico del gran torero. Verá; fué así: yo había resuelto modelar en cartón un muñeco de «Manolete». Quería que fuera de tamaño natural. Como lo pensé lo puse en práctica: el diestro cordobés me dió toda clase de facilidades. Empecé, pues, a modelar la cabeza. Trabajé con fe, con entusiasmo; pero la figura parecía resistirme: intentaba yo forjar una expresión, y ésta se me desvanecía entre las manos. Una noche, obstinadamente preocupado por mi trabajo, subí a mi Estudio: la luz de la luna iluminaba pálidamente el recinto y destacaba la cabeza de cartón, que yacía sobre mi mesa de trabajo. Entonces comprendí contra qué luchaba: la expresión del muñeco era la de «Manolete» muerto.

—Con lo que arrinconé mi propósito —concluye Pedro Gros—. Luego, aquella visión se me borró. Y el trato cordial con el torero me hizo estimarle mucho, y ahora, llorarle sinceramente.

«EDUARDINI» TIENE LA PALABRA

«Eduardini», el popularísimo artista, explica:

—Tuve el placer de hablar y tratar algunas veces al ídolo. Por eso, puedo decir que era distinto a lo que la gente suponía: «Manolete», en la intimidad, era un hombre agradable, simpático y nada orgulloso.

—Yo —continúa «Eduardini»—, que soy íntimo amigo de «Cantimplas», primo hermano de «Manolete»; de los banderilleros de su cuadrilla «Pinturas» y «Barajas», y sobre todo de Guillermo, mozo mozo de espadas y persona de toda confianza del matador, puedo afirmar lo que anteriormente he dicho. Y además: que «Manolete» seguía toreando, no por dinero, sino por la enorme afición que el «as» cordobés tenía.

En cuanto a si le estimaba el público, se puede hacer constar que en Córdoba no se le quería: se le adoraba, a pesar de que la gente aseguraba que nunca quería torear en su ciudad natal.

—¡Ah!, y, por último, «Manolete» era de los que hacían el bien ocultándose. La Gran Cruz de Beneficencia se la merecía de todo punto. No lanzaba a los cuatro vientos las noticias de las caridades que hacía; pero, claro, naturalmente, no se dejaba embaucar por la serie de sablistas profesionales que le atosigaban en todos los hoteles.

Esto me dijeron sobre la personalidad y obra del ídolo las personas a quienes interrogué. Y esto transcribo.

EL GESTO DE UN TORERO

ANTONIO "BIENVENIDA" matará seis toros en la Plaza de Toros de Madrid a beneficio del Montepío de Toreros

Los toros serán de don Antonio Pérez Tabernero, y Antonio "Bienvenida" toreará desinteresadamente



Antonio «Bienvenida» en su despacho

MIENTRAS en corrillos y tertulias taurinas toreros y aficionados repasan el rosario de alabanzas y de emociones ante la gran figura del torero desaparecido en la Plaza de Linares, una noticia interesante de la vida que sigue ha circulado en estos últimos días con insistencia.

La noticia es que Antonio "Bienvenida" se había ofrecido al Montepío de Toreros para torear él solo en la Plaza de Madrid una corrida de seis toros a beneficio de la humanitaria institución.

Deseoso de comprobar la veracidad de la noticia, que revela un gesto de generosidad en favor de los toreros más desvalidos, hemos ido a confirmarlo de labios del propio torero, al que las cornadas no le han restado afición ni optimismo.

—¿Es cierto, Antonio, que vas a matar esos seis toros a beneficio del Montepío?

—La corrida anual del Montepío —nos explica— hecaba camino este año, por dificultades ya conocidas, de no celebrarse. En el mejor de los casos, hubiera habido que aplazarla para mediados de octubre, con el consiguiente riesgo, por la inseguridad del tiempo. Posiblemente se harían varias combinaciones...

—La Directiva de la Asociación disponía de la Plaza de Toros de Madrid para el domingo 21 de este mes, y, naturalmente, cuántas combinaciones se hicieran en principio tendían a aprovechar esa fecha.

—Fué entonces cuando surgieron las dificultades, ¿no es así?

—Las dificultades surgieron porque varios toreros tenían ese domingo comprometido. Sé habló de un mano a mano, a base de otro compañero y de mi modesta aportación, y tampoco pudo lograrse. Entonces fué cuando, sin tomar consejo de nadie, me ofrecí para despachar yo solo la corrida.

—Como hacían —decimos— Bombita, Vicente Pastor y Marcial.

Interviene don Manuel "Bienvenida" para decir que, ausente él de Madrid, se enteró cuando el propio Antonio le comunicó por teléfono la decisión que acababa de tomar.

—El es —añade— mayor de edad, y, por tanto, dueño de sus actos. Por lo demás, tampoco sería noble que yo fuera ahora a pretender destruir en mis hijos los sentimientos generosos que les he inculcado.

—¿Ha puesto usted, Antonio, alguna condición a su oferta?

—Aparte, como es lógico, de no aceptar retribución alguna, he advertido a la Asociación que sufragase los honorarios de cuantos subalternos actúen dicho día y quieran percibirlos, pues, como está reglamentado, además de mi cuadrilla, habrá que habilitar dos más.

—Pero los toreros no irán a consentir que su iniciativa carezca de seguidores.

—Es tema éste que no me preocupa. No obstante, sé que ya se han ofrecido el veterano picador Farnesio, el banderillero Fernando Gago y el novillero Juanito Martínez, que saldrá de sobresaliente.

—¿En cuanto al ganado?

—Al conocer la Directiva del Montepío que don Antonio Pérez Tabernero venía preparando con todo esmero una corrida para ser lidiada en Madrid, destacó a dos de sus directivos para que la vieran. Estos señores, al comprobar que la corrida estaba en inmejorables condiciones de presentación y nota, cerraron el compromiso.



Antonio «Bienvenida» explica a nuestro colaborador su propósito de lidiar seis toros en la Plaza de Madrid a beneficio del Montepío de Toreros

Don Manuel «Bienvenida» y su hijo Antonio contemplan el panorama de la calle amplia del barrio de Salamanca



—¿Piensa torear previamente alguna otra corrida en Madrid?

—Me he comprometido espontáneamente a no reaparecer en Madrid después de mi último pereance, sino en la corrida a que estamos refiriéndonos.

—¿Quiere usted, finalmente, referirse a algún otro aspecto relacionado con tan interesante acontecimiento?

—Quisiera con interés hacer una súplica, súplica que va dirigida al nobilísimo corazón de mis paisanos.

—La temporada está terminando, y sé de antemano que poco o nada va a redundar en provecho propio el que yo toree en favor

de mis compañeros. En cambio, son muchos los humildes artistas, los inválidos de la Fiesta, las viudas y huérfanos de los caídos, para los cuales llegará en forma directa las aportaciones de cuantos aficionados no las regaleen a los benéficos fines de la corrida del Montepío de Toreros. Por ellos y para ellos este modesto torero suplica colaboración, que nunca supe negar el bendito público de Madrid.

Ante las manifestaciones de Antonio "Bienvenida" huelgan los comentarios. Tan sólo éste: que toreros de esta tónica siempre serán necesarios en la Fiesta. La de aquellos que, como en el presente caso, saben, con gesto cristiano y elegante, arriesgar su vida en provecho de los compañeros humildes.

F. M.

(Fotos Montes)

El domingo se guardó un minuto de silencio en todas las Plazas de España, como homenaje a la memoria de "Manolete"

Después de cincuenta años se vuelven a celebrar corridas de toros en La Habana.—Actuaron Silverio Pérez y "Armillita".—Más de 30.000 espectadores presenciaron el festejo.—Casi todos pidieron que se diera muerte a los toros

PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

MANOLETE está ya, como su Córdoba en la bella imagen del poeta, callado. Nunca habló mucho, pero nunca tampoco fué más elocuente que en sus amplios silencios entregado al afán de torear. «Manolete» enmudecido, trascendía. El silencio parecía ordenar su vida y su obra. El silencio ha ordenado también su muerte.

«Manolete» en los ruedos, como una esfinge levemente animada de pausados y solemnes movimientos, apenas profería esas palabras que son corrientes para provocar las embestidas de los toros o para mandar a los peones lo que deben hacer en cada caso. El, callado, ordenaba a toros y peones. Calladamente se imponía. Recuerdo algo ejemplar a este propósito. Fué en la Feria de Logroño del año 1943. «Manolete», toreaba con Pepe Luis Vázquez y Arruza, en cabeza de cartel. Los toros, bravísimos, eran del conde de la Corte. Salió el primero, grande y gordo, hermoso y bravo. Se encampanó a la salida de toriles ojeando el ruedo y así estuvo unos segundos, hasta que el capote de David llamó su atención. Arrancóse impetuoso, y al derrotar en tablas, las del correspondiente trozo de barrera fueron lanzadas al aire como leves plumas. Desde otro extremo de la Plaza «Cantimplas» llamó al burlado cornúpeto, y se produjo un hecho semejante. «Pinturas» citó asimismo a la fiera desde su estudiado emplazamiento, y por tercera vez el bravo toro del conde de la Corte, al derrotar contra la barrera, la destrozó, lanzando a gran altura sus tablas astilladas. Había comenzado a producirse un cierto y raro desorden en tan ejemplar y disciplinada cuadrilla, cuando «Manolete» salió del burladero y ofreció a la fiera su mágico capote y su cuerpo estático. Media docena de lances, tan bellos y emocionantes como sobrios y eficaces, pararon en seco al bravo animal y volvieron el raramente alterado sosiego a los ejemplares peones, que se situaron en la arena para cumplir su cometido con la precisión y eficacia habituales en ellos. Todos los aficionados pudieron observar en los ruedos escenas semejantes. Y sus amigos y compañeros, fuera de los ruedos.

Ahora, entre un quirigay ensordecedor, sólo «Manolete» callaba. El iba con su hermetismo y su hacer cotidiano, intenso y tenaz, a poner orden en el alborotado cotarro. Ni una voz salió de su garganta cuando su pecho reboaba indecibles amarguras. Ni una queja. El disponía tan sólo de sus amplios y elocuentes silencios para reducir desdenes, para transformar las protestas en asentimientos; para reconquistar lo que tenía conquistado y que sólo en apariencia, y muy parcialmente en cada caso, parecía perdido. Y usaba de ellos para torear como jamás se vió torear, entre un clima asfixiante, con la muerte en pie, como en el romance de José María Alfaro. Pero la muerte—invisible para todos, menos para él, que sentía en el mismo corazón su hilito frío—no entendía de órdenes calladas, y se lanzó sobre su presa cuando la

voz de «Manolete» podía haberla alejado con solo gritar al enfrentarse cara a cara con «Isleros»: «¡Un capote aquí, «Pinturas!»».

El silencio que ordenó su vida, su obra y su muerte es ahora un clamor doloroso de las multitudes. Un clamor unánime de reconocimientos absolutos, como los que él buscaba, como los que él quería para su consagración definitiva. Esa que ya tiene para siempre y que nadie ni nada podrá arrancar de la Historia del Toreo.

Su capítulo de oro está ya definitivamente escrito. Y hay que empezar con otro.



En todas las Plazas de Toros de España se guardó el domingo un minuto de silencio como homenaje a la memoria de «Manolete». Las cuadrillas desfilaron sin música, y los toreros, descubiertos. Así ocurrió en la de las Ventas...

...y en la de Vista Alegre

(Fotos Baldomero y Cifra)

ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150

EL jueves, día 28, se celebraron corridas de toros —no incluimos aquí la de Linares, en la que fué herido de muerte el infortunado «Manolete»— en Toro y en Tarazona de Aragón.

—En Toro. El duque de Pinohermoso, oreja. Pepe «Bienvenida», ovación y vuelta. Félix Rodríguez, regular y dos orejas, rabo y pata. Angel Luis «Bienvenida», dos orejas y rabo y aplausos.

—En Tarazona. Toros de Sánchez Fabrés. Pepe «Dominguín», vuelta y oreja. Luis Mata, dos orejas y rabo y aplausos. «Rovira», pitos y dos orejas y rabo.

—En Almería se celebró el día 29 la primera de feria. Toros de Felipe Bartolomé. «Gitanillo de Triana», pitos y dos orejas y rabo. Juan Belmonte, ovación y regular. «Parrita», pitos y oreja.

—El día 30, en Almería. Segunda de feria. Toros de Antonio Pérez, de San Fernando. «Andaluz», ovación y vuelta y oreja. Luis Miguel «Dominguín», dos orejas y rabo y pata. «Rovira», aplausos y palmas y pitos.

—El domingo, día 31, en todas las Plazas de España, se guardó un minuto de silencio en homenaje a la memoria de «Manolete».

—Por primera vez, después de cincuenta años, se celebró en La Habana una corrida de toros. Silverio Pérez fué cogido aparatosamente, sin consecuencias, por su primero. Estuvo bien y fué muy aplaudido. «Armillita» también fué muy ovacionado. Tuvo que interrumpir la faena en su segundo a causa de un violento aguacero. Casi todo el público pidió que se diera muerte a los toros. Asistieron más de treinta mil espectadores.

—En La Línea de la Concepción. Cuatro toros de Alipio Pérez Tabernero y dos de Ramón Gallardo. Antonio «Bienvenida», silencio y aplausos. Luis Miguel «Dominguín», oreja y dos orejas, rabo y patas. Rafael Llorente, ovación y dos orejas, rabo y dos patas. «Dominguín» pidió permiso para lidiar el sobrero, que regaló, y cortó las dos orejas, el rabo y las cuatro patas.

—En San Sebastián. Toros de Enriqueta de la Cova. «Bonio», aplausos y división de opiniones. Luis Mata, dos orejas y rabo y ovación. Manuel Navarro, ovación y aplausos.

—En Puerto de Santa María. Toros de Buendía. Domingo Ortega, dos orejas y rabo y aplausos. «Andaluz», dos orejas y rabo y vuelta al ruedo. Paco Muñoz, vuelta al ruedo y dos orejas y rabo.

—En Calahorra. Toros de Montalvo. Julián Marín, vuelta al ruedo y dos orejas y rabo. «Parrita», vuelta al ruedo y dos orejas y rabo. «Rovira», aplausos y silencio.

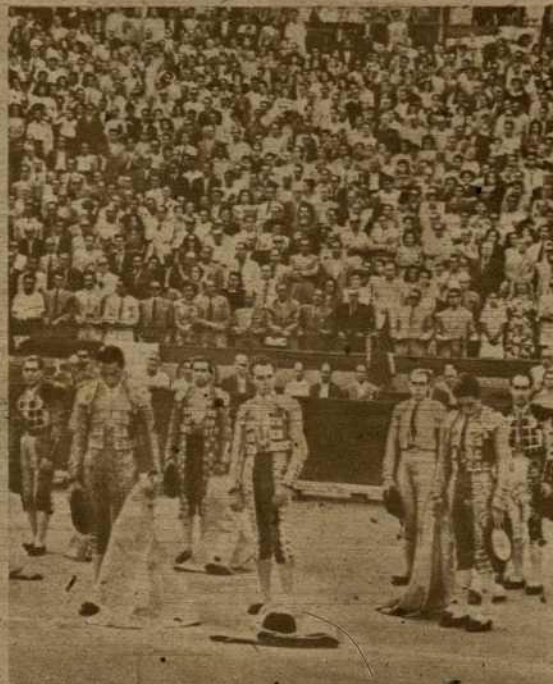
—En Valencia. Dos novillos de Ignacio Vázquez, dos de Amador Santos, uno de Flores y otro de Fabrés. El primero cogió a Vaqueret, que sufrió un palotazo en el pecho. «Cagancho» hijo, aplausos y aplausos. Juan Luis de la Rosa, aplausos y aplausos. Juan Tarré, aplausos y dos orejas. Fué sacado en hombros.

—En Astorga. Beatriz Santullano, vuelta al ruedo. «Gallito Chico», bien toreando y regular con el estoque. Pedro Mesas, «Estudiante», fué cogido, y sufre un puntazo en el mentón. Cortó una oreja. Octavio Martínez, «Nacionab», valiente.

—En Burgos. Novillos de Arranz. Pericás, vuelta al ruedo y pitos. Antonio Caro, oreja y vuelta al ruedo. Guardiola, aplausos y dos orejas.

—En Colmenar Viejo. Novillos de Félix Gómez. Vicente Fauró, dos orejas y

En la Plaza de Valencia (Foto Vidal)



El homenaje en la Plaza de La Línea, donde actuaron Antonio «Bienvenida», Luis Miguel «Dominguín» y Rafael Llorente (Foto Garci-Sánchez)

—El lunes, día 1, en Colmenar Viejo. Toros de Félix Gómez. Rafael Llorente, aplausos y aplausos. Paco Muñoz cumplió y aplausos.

—En La Habana se produjo un formidable escándalo al no presentarse el diestro Silverio Pérez a continuar la corrida que había sido suspendida por lluvia el día anterior. Silverio avisó a la Empresa que no podía torear por haber embarcado su cuadrilla para Méjico. El público lanzó botellas y sillas al ruedo, y la Policía se vió obligada a hacer varios disparos al aire. Hubo un herido. Cinco mil espectadores seguían a última hora de la tarde en las inmediaciones de la Plaza protestando ruidosamente.

—El martes, día 2, corrida de feria en Palencia. Toros de Antonio Pérez Tabernero. El duque de Pinohermoso, dos orejas. «Andaluz», dos orejas y dos orejas. Luis Miguel «Dominguín», dos orejas y rabo y vuelta al ruedo. Paco Muñoz, vuelta al ruedo y dos orejas y rabo.

—En Lodosa. Cuatro toros de Martínez Elizondo para Julián Marín, que cortó orejas y rabo en todos los bichos.

—En Calahorra. Novillos de Terrones. Guinda, aplausos y aplausos. Abad, ovación y pitos. Pericás, ovación y cogido leve.

—Cerca de Vejer de la Frontera volcó el coche en el que iba la cuadrilla de Luis Miguel «Dominguín». El mozo de espadas, «Chocolate», resultó con una herida leve en la fente. Los restantes viajeros no sufrieron lesión alguna.

—En Madrid, como en todos los ruedos de España, se guardó el domingo un minuto de silencio como homenaje al que fué primera figura del toreo. Se lidiaron seis novillos de Manuel Arranz. Lo mejor de la corrida fueron los dos tercios de quites en los novillos primero y tercero. En el primero, «Andaluz» hizo uno por chicuelinas soberbio; Luis Peña, uno por «marcheneras» colosal, y Fernando Lara, «Larita», otro de costado por detrás en el que derrochó valor. Los tres tuvieron que saludar montera en mano. En el tercero, ausente Peña, que se encontraba en la enfermería, «Andaluz» hizo otro quite por chicuelinas que puso en pie al público, y «Larita», uno de costado por detrás muy bueno. «Andaluz» cumplió bien en sus dos novillos: Peña dió la vuelta al ruedo en el segundo y estuvo regular en el quinto. «Larita» salió al tercio en el tercero y dió la vuelta al ruedo en el sexto, al que mató muy bien.

—En Vista Alegre. Toros de Marceliano Rodríguez, que fueron mansos, excepto el sexto. Félix Rodríguez, bien en el primero, cortó la oreja del sexto. Manolo Martín Vázquez, bien y regular. «Morenito de Valencia», bien en el tercero y dos orejas en el sexto.

B. B.



En Calahorra (Foto Marín)

rabo y dos orejas, rabo y pata. Pablo Lalanda, dos orejas y dos orejas, rabo y pata.

—En Alicante. Novillos de Concha y Sierra. Paco Esplá, regular y vuelta al ruedo. «Gallito de Dos Hermanas», ovación y ovación. Manuel Campillo pasó a la enfermería después de matar al tercero. Sufre una herida de pronóstico reservado en el muslo izquierdo. Al sexto lo mató Esplá.

—En Palencia. Novillos de Ignacio Encinas. Paco Roldán, vuelta al ruedo y vuelta al ruedo. Eleuterio Fauró, dos orejas y rabo y dos orejas.

—En Arenas de San Pedro. Novillos de Fermín Sanz. Pedrín Moreno, ovacionado. Manolo Carmona, dos orejas y rabo y salida en hombros.

—En Tarazona de Aragón. Novillos de Casasola. «Curro Relámpago», dos orejas y rabo y dos orejas. Salió en hombros. Pepe Nogués, valiente.

—En Jerez de la Frontera. Novillos de Arias. Ignacio Plaza, regular y aplausos. «Trianero», bien y dos orejas, rabo y salida en hombros.

—En Sepúlveda. Novillos de Virgilio Pascual. Francisco Parra, «Parrita», dos orejas y rabo y ovación.

—En El Escorial. Festival. Novillos de Emilio Arroyo. Joaquín Coquilla, aplausos. Fernando Pérez Tabernero Sanchón, valiente. Alipio Pérez Tabernero, oreja. Julio Aparicio, dos orejas y rabo.

Y
PACHARNUDO

Inocente
es el vino para copiar

VALDESPINO
JEREZ

PEPE LUIS VAZQUEZ

El artífice del toreo clásico

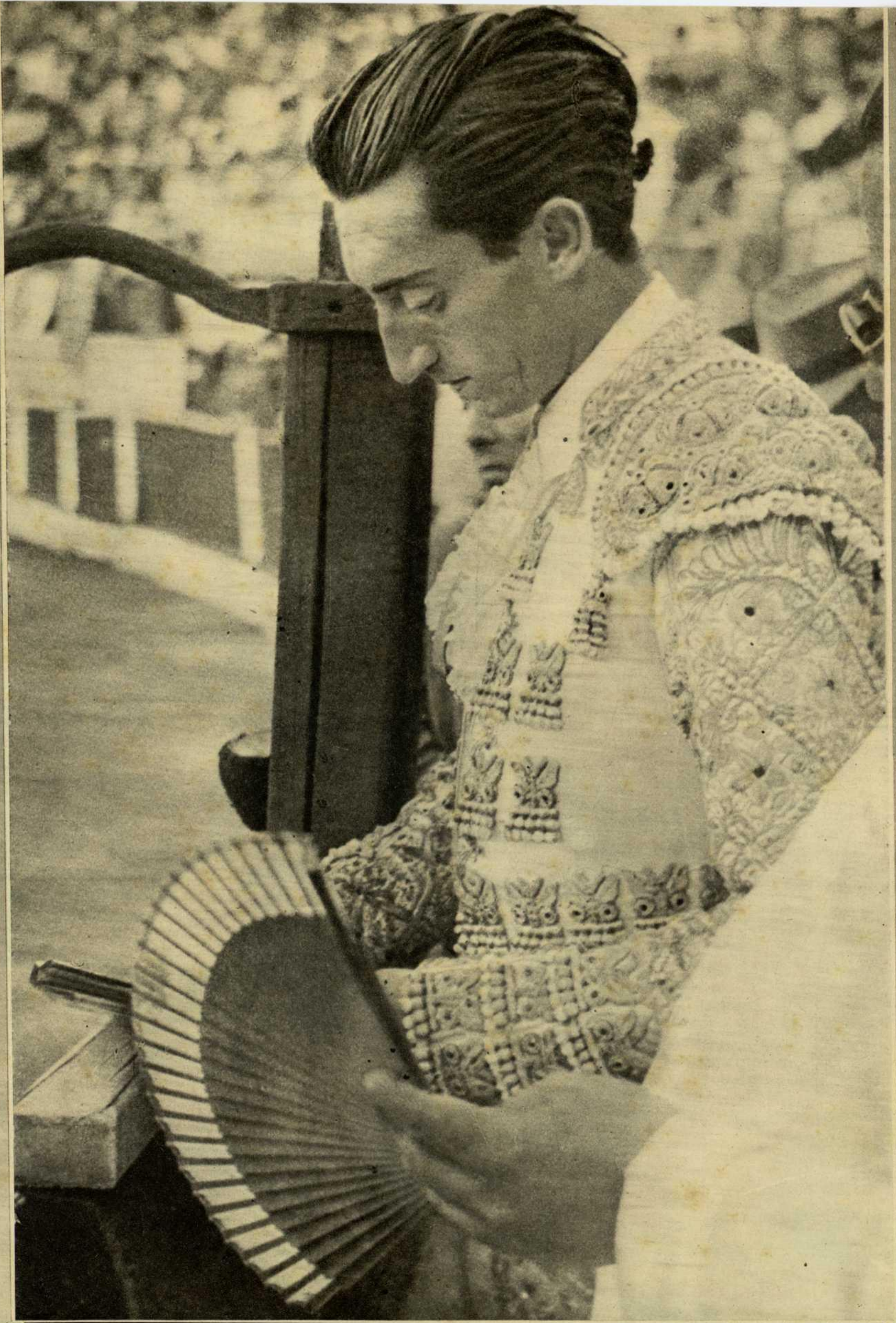


En esta época grandiosa del toreo verdad destaca, por su arte incomparable, este maravilloso torero de San Bernardo, que día a día, y pese a quien pese, es hoy por hoy el más clásico estilista del toreo verdad: ese toreo en el que se encierran las más puras esencias taurinas, impregnadas de ese don divino de los elegidos. Pepe Luis Vázquez ha llegado a la cumbre de la torería actual, donde se mantiene por la gracia, sabiduría y belleza de que está dotado su peculiar estilo de lidiar reses bravas. — R.



Otra de las acusadas características del infortunado torero fué la forma de dar el pase natural con la izquierda, "Mánolete".
"resucitó" ese pase difícil, que en su época estaba casi olvidado, y lo prodigó siempre en sus faenas, tomando al toro desde muy cerca con aguante y temple extraordinarios
(Foto Vidal)

2.º Foto



"Manolete" adoptaba en las Plazas un aire grave, taciturno casi, como de predestinado a la tragedia. Aun en los momentos amables de poner su firma en el abanico de una admiradora. Alguna vez le preguntaron a "Manolete" porqué no se reía en el ruedo, y "Manolete" contestó: "Porque eso de torear es una cosa muy seria". Tan seria como que la puesta en el juego era nada más que la vida misma...